

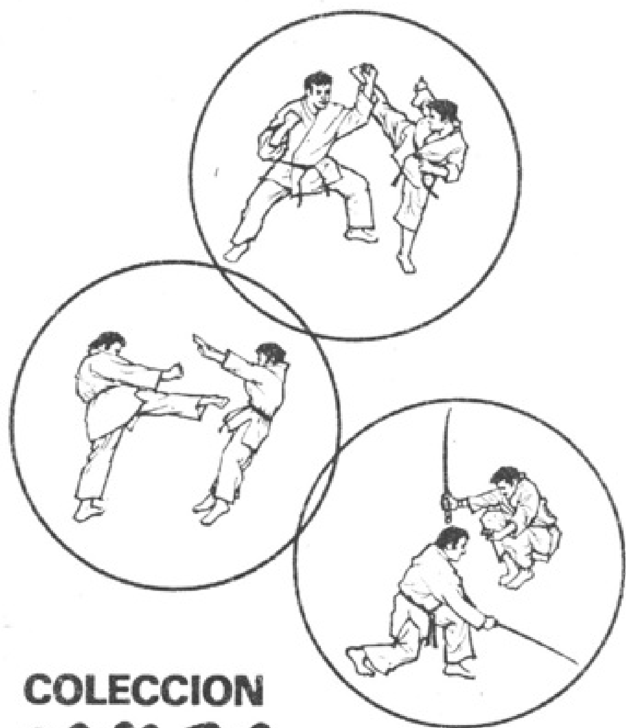
BOLSILIBROS BRUGUERA

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

LOU CARRIGAN

CON LOS PIES POR DELANTE



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

8 —En Tokio también se muere, Burton Hare.

9 — Tres dragones de oro, Curtís Garland.

10 — Con las manos vacías, Lou Carrigan.

11 — De regalo y de pago, Ralph Barby.

12—El “golpe” de los 200 millones, Clark Carrados.

LOU CARRIGAN

CON LOS PIES POR DELANTE

Colección ¡KIAI! n.° 13

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-04952-4 Depósito legal: B. 221 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain 1. ª edición: marzo, 1977

Documentación gráfica para la cubierta cedida por SALA DE JUDO «SHUDO-KAN»

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CARTA DESDE UN JARDIN

—Abuelo; ¿por qué vuelan los pájaros?

—Porque tienen alas.

— ¿Y por qué tienen alas?

—Para poder volar.

El niño se quedó pensativo, con la cabeza baja, ¡a mirada fija en el papel que había en el suelo de madera de la galería, ante las delgadas y huesudas manos del anciano japonés, de blanquísimos cabellos y rostro oscuro, quemado por el sol.

—Entonces... —preguntó el niño, tras larga meditación—, ¿si no tuviesen alas, no podrían volar?

—Claro que no, Kenjiro.

—Y si no pudiesen volar..., ¿no serían pájaros?

—No. No serían pájaros.

— ¿Qué serían entonces, abuelo?

Le tocó el turno de meditar al abuelo, mientras contemplaba con inescrutable expresión al niño de siete u ocho años que permanecía de pie ante él esperando la respuesta satisfactoria, la solución a todas sus pequeñas dudas.

—No lo sé —dijo, por fin, el abuelo.

— ¿No sabes lo que serían los pájaros si no fuesen pájaros?

—No. No lo sé.

—Entonces..., ¿tú no lo sabes todo?

El anciano sonrió. En su rostro que parecía de piedra, de viejísima piedra oscurecida por los muchos, muchísimos años, la sonrisa fue como un destello de luz, que se expandid comenzando por sus negros ojos.

—Claro que no lo sé todo. Nadie lo sabe todo.

— ¿Nadie?

—Nadie.

— ¿Ni siquiera tú? ¿De verdad?

—De verdad: ni siquiera yo.

—Entonces..., ¿de qué te sirve ser viejo, abuelo?

—No lo sé, Kenjiro.

— ¿Tampoco sabes eso?

—Tampoco.

—Yo creía que sabias muchas cosas.

—También lo creía yo, hasta que tú has empezado, a hacerme preguntas —rio el anciano—. Anda, vuelve a tu entrenamiento de Judo, por favor.

—Sí, abuelo.

El niño regresó al jardín, donde sus hermanos y primos, de edades entre los seis y los doce años, estaban practicando Judo, sobre los tatami colocados allí con tal fin, entre arbustos de flores, altos pinos, almendros y albérchigos. Hacía frío, pero los pájaros no se habían marchado de aquel jardín. Desde los árboles, contemplaban a los niños que, bien lo sabían, visitaban periódicamente a su viejo amigo del kimono blanco, del cabello blanco, de alma blanca y pura que jamás les había tan siquiera asustado con un simple gesto.

Las proyecciones de Judo se sucedían unas a otras, en sus movimientos básicos: tsuri komi goshi, tai otoshi, o uchi gari, o soto gari, okuri ashi barai... Las caídas de los proyectados, los ukemi, eran perfectos. No era la mano del lado de la caída la que golpeaba en las colchonetas, sino todo el brazo, bien extendido, tenso, pero no rígido. Los niños se movían, veloces, astutos, provocando desequilibrios, desconcierto, caídas... De cuando en cuando, una caída no era lo bastante buena para ser considerada como ippon, o punto decisivo. Entonces, el que había efectuado la proyección seguía al suelo al proyectado, caía sobre él, lo aprisionaba entre su cuerpo y la colchoneta, prosiguiendo, implacable, la lucha en el suelo, la Ne Waza, para culminar el principio de victoria iniciada con la Nage Waza.

De cuando en cuando, de algún infantil vientre brotaba un Kiai ya poderoso, vibrante, revelador de una gran energía sorprendente.

— ¡Díooiiooo...! —subía hacia el cielo el Kiai, el grito expresivo de la energía vital de aquellos infantiles cuerpos.

Sensei, el Maestro, contemplaba ahora a sus nietos y biznietos. Especialmente, al mayor de sus nietos, Masao. Tenía doce años, y unas manos sorprendentemente grandes, y tan fuertes, el Maestro lo sabía, que con ellas

podía alzar a un hombre no entrenado en la lucha y estrellarlo contra la pared, o romperle un brazo, o el cuello, o la espalda, en una proyección difícil de imaginar.

Sí... La vida sigue su curso. Se acaba en unos, y va creciendo en otros. Como las hojas de los árboles, unos hombres se van para que otros lleguen. Sólo hay que procurar que, los que lleguen, como las nuevas hojas, sean frescos y puros...

El Maestro movió la cabeza, y dedicó de nuevo su atención a la carta que estaba escribiendo, en una postura que a un hombre occidental le habría resultado no ya difícil, sino incluso penosa: el papel en el suelo ante las flexionadas rodillas, el cuerpo erguido, el brazo extendido. Sin embargo, el Maestro estaba cómodo así, su vista era buena, su pulso era firme.

Así estaban las cosas en el jardín de la casa del Maestro cuando llegó Sumió, uno de los hijos del Maestro. Sumio Inomura era un hombre de negocios muy importante, sexto Dan de Judo, multimillonario..., pero, antes que nada, era hijo del Maestro. Lo miró, y como su padre no diese muestras de haberlo oído ni visto llegar, se sentó en la galería de madera, y se quedó mirando a los niños, en silencio. En completo silencio, porque si alguien tenía que hablar allí, si alguien podía dar instrucciones a los niños, no era él, sino su padre, el viejo Maestro.

Este, por fin, terminó la carta, la puso en un sobre, lo cerró, y miró a Sumio.

—Bien venido, Sumio.

—Buenas tardes, padre. Bien hallado.

— ¿Ya es la hora de recoger a los niños?

—Sí, padre —sonrió Sumió—. Pero si lo deseas, puedo dejarlos contigo hasta mañana.

—No. Deben descansar, hablar entre ellos, y ver el rostro de sus padres antes de dormirse. ¿Todo va bien por Tokio?

—Todo va normal, padre.

—Supongo que eso es bueno. Quiero que le deis a Masao el cinturón negro.

Sumió parpadeó, miró al jovencísimo Masao, y de nuevo a su padre.

—Lo que tú digas, padre.

—Hazlo tú, en tu escuela de Tokio. Cuando Masao vuelva a visitarme, quiero verlo con su cinturón negro de Primer Dan.

—Es muy joven, así que va a sentirse muy ufano. Mucho me temo que estará insoportable una buena temporada.

—Es un triunfo que ha conseguido él solo: tiene derecho a disfrutarlo. Sed benevolentes con él, pero también generosos en vuestros halagos.

—Sí, padre. ¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

El Maestro miró hacia el sol, ya rojo de ocaso, y sonrió:

—Tengo todo lo que necesito: la vida, el sol, buenos hijos y buenos nietos, unos granos de arroz y un poco de fruta, flores, viento y cielo. Sin embargo, deberías hacerme un pequeño servicio, hijo mío: toma esta carta, franquéala y cúrsala.

—Sí, padre.

Sumió tomó la carta, y la guardó en un bolsillo interior de su chaqueta de impecable corte occidental. Luego se puso en pie, batió palmas, y al instante todos los niños corrieron hacia él, y luego hacia el gran cuarto de baño y duchas del ryokan de su abuelo.

Poco después, ya duchados y vestidos, todos desfilaron ante el Maestro, haciendo inclinaciones de cabeza, mirando con ojos sonrientes al anciano que, una vez por semana, compartía sus vidas y les enseñaba cosas que no aprendían en otros sitios. El Maestro fue posando su arrugada mano sobre cada húmeda cabeza de crespos cabellos que se inclinaba ante él. Casi se echó a reír cuando el pequeño Kenjiro, con la cabeza inclinada, pero alzados hacia él sus hermosos ojos oblicuos, preguntó:

—Y si una serpiente tuviese alas..., ¿podría volar, abuelo?

—Sin duda alguna.

— ¿Y entonces ya no sería una serpiente?

—Entonces, sería un pájaro.

—Yo no entiendo eso, abuelo.

—Yo tampoco —admitió el Maestro—. Pero pienso que cada ser de este mundo es como es, porque así conviene. Sin embargo, aun siendo cada uno como es, tiene que esforzarse siempre en ser cada día mejor. Y dime, Kenjiro: ¿tú sabes cómo un hombre puede ser mejor cada día?

—Siendo cada día más bueno y noble, abuelo.

—Ve en paz: ya sabes tanto como yo, Kenjiro.

El niño abrió mucho ¡os ojos, en verdad atónito. Sumio tuvo que apartarlo suavemente de delante del anciano, para inclinarse ante él, en silenciosa despedida.

Poco después, con todos los niños alborotando dentro del formidable “Toyota", Sumio Inomura ya no pudo resistir más su curiosidad, así que sacó la carta que su padre le había entregado para darle curso, y miró el nombre del destinatario:

CLIFFTON M. MARSH 39, Charles Street LONDON - W 1 B 3 United Kingdom

CAPITULO PRIMERO

Finalmente, Cliffton Marsh no tuvo más remedio que oír el sonido del timbre.

De muy lejos, eso sí. Lejos, lejos, lejísimos... No es que el timbre de la puerta de su apartamento estuviese lejos del laboratorio casero, sino que todavía estaba muy lejos de la atención mental de Cliffton. Pero, bruscamente, se acercó, y la nueva llamada pareció taladrarle los tímpanos.

— ¡Demonios! —respingó.

Se pasó las manos por la cara, frotándola con fuerza. No sabía qué hora era, ni qué día... A decir verdad, ni siquiera sabía quién era él en aquellos momentos. Son los inconvenientes de la investigación científica: lo absorbe a uno de tal modo que pierde la noción del tiempo, de la vida misma.

Mientras salía del laboratorio instalado modestamente en su apartamento, Cliffton Marsh volvió a pasarse las manos por la cara, y por la greñuda cabellera rubia. Al pasar por delante del espejo del recibidor, se reconoció a sí mismo, se sonrió, y se saludó con un alegre gesto.

— ¡Hola, Cliff! —dijo, en voz alta.

Tenía treinta años, era alto, atlético, rubio, ojos claros. Su aspecto podía ser de atleta de cualquier especialidad: futbolista, luchador, remero, saltador de pértiga... Cualquier cosa... menos investigador científico. Claro que, si seguía trabajando en aquello, no tardaría muchos años en ser encorvado, calvo y miope, pero, mientras tanto, Cliff Marsh era todo un tipazo.

Mientras con la mano derecha asía el pomo de la puerta del apartamento, alzaba la izquierda, para mirar la hora: las siete menos cuarto de la noche. O sea, que ya estaba bien de trabajar. Ahora, un poco de whisky, buena música, quizá un paseo... Cualquiera de esas cosas agradables.

Abrió la puerta, amable el gesto...

Y el pasmo fue mutuo.

Cliff era alto, rubísimo, ojos clarísimos, guapo y atlético, cierto. Podía causar el pasmo de aquella muchacha que tenía ante él en el pasillo. Pero, al mismo tiempo, ella dejaba a Cliff no menos pasmado, boquiabierto, petrificado... No era muy alta, ni tenía los ojos claros.. ¡Ni siquiera era rubia! Era... todo lo contrario: estatura mediana, ojos oscuros, cabellos negrísimos. ¡Pero qué cuerpo, qué ojos, qué cabellos...! Las formas del cuerpo casi marearon a Cliff, los ojos lo cegaron, tan brillantes eran... ¿y la boca? Llena,

alargada, roja, fresca... El cuello era esbelto, la garganta delicada, blanquísima.... y desaparecía en túrgido barranco senos abajo; senos altos, henchidos, firmes. La bellísima aparición estaba en bata, indiscretamente abierta, pero el defectillo fue corregido por una mano esbelta, fina, de dedos delicados, con las uñitas pintadas de un tono rosa claro.

—Perdone —dijo la muchacha, en un inglés perfectísimo—; ¿tiene usted teléfono, señor Marsh?

—Toma, claro que tengo teléfono —dijo Cliff.

— ¿Me permitiría utilizarlo? Es que llegué ayer, y todavía no me han instalado el mío. Quizá he debido salir a la calle, pero he pensado que como buenos vecinos que espero seamos, usted no iba a tener inconveniente en permitirme telefonear.

—No tengo ninguno —aseguró Cliff.

—Entonces..., ¿me permite pasar?

—Toma, claro.

Se apartó, y la preciosa muchacha entró en su apartamento. Cliff cerró la puerta, y señaló hacia el fondo del vestíbulo. Por el corto pasillo llegaron al saloncito, donde Marsh volvió a señalar, ahora hacia el teléfono.

—Es todo suyo —ofreció.

—Muchas gracias. Ayer, cuando llegué, miré los nombres de los vecinos del edificio en los buzones para la correspondencia. Como sólo, somos seis, fue fácil memorizarlos. Y aún más fácil el de usted, que es más vecino que los demás, ya que estamos en el mismo piso. ¿De verdad no le molesto?

—Claro que no.

—Es usted muy amable.

La muchacha fue a sentarse en una butaquita, descolgó el auricular, marcó un número, y segundos después comenzaba a hablar, pero no en inglés, sino en un idioma del cual Cliff apenas entendió tres o cuatro palabras. Cuando la muchacha colgó, Cliff estaba mirándola como embobado, con un cigarrillo colgando de los labios.

—Usted no es inglesa —dijo.

—No, no... Soy española,

Cliffton Marsh quedó un instante atónito, como si la vecinita acabase de

decirle que era marciana. Luego, de pronto, sonrió, y exclamó:

— ¡Oléeee!

Ella se echó a reír de buena gana.

—Me temo que voy a decepcionarle, señor Marsh: no soy bailadora, ni guitarrista, ni torera, ni gitana. Solamente soy licenciada en Filosofía y Letras, en mi país, y estoy en Londres para dar clases de español en un colegio privado inglés.

— ¡Atiza!

—Cosas de la vida. De todos modos, hay cosas que se llevan en la sangre, así que si algún día quiere verme bailar, espero no quedar demasiado mal. Por algo soy de Sevilla. ¿Conoce usted Sevilla, señor Marsh?

—Sevilla..., ¡olé!

—Muchas gracias —rio ella de nuevo, bellísima—. Si en algo puedo serle útil yo a usted, le suplico que me lo pida inmediatamente. Me llamo Sagrario Vargas.

—Agaro Bragas —asintió Cliff.

—No, no... —enrojeció Sagrario—, Sagrario Vargas. VAR-GAS.

—Vargas.

—Eso es. Hace mucho frío en Londres, ¿verdad?

— ¿Frío?

—Sí, frío... ¡Brrr, qué frío! ¿Comprende?

—Lo comprendo muy bien, porque usted habla el inglés mejor que yo... ¿No funciona su calefacción?

— ¡Oh, sí!, por fortuna eso si funciona. Bueno, en realidad, lo único que me falta para estar bien instalada es el teléfono. Antes de llegar, algunos amigos se encargaron de acondicionarme el apartamento. Bien, señor Marsh, de nuevo gracias, y... ¡Felices Pascuas!

— ¿Qué?

—Merry Christmas.

—Ah... ¡Oh, sí, entiendo...! Merry Christmas? ¿A qué viene eso ahora?

—Pues, salvo gran error por mi parte, dentro de pocos días es Navidad, y como no sé si nos veremos antes de entonces, me permito desearle mucha felicidad.

— ¡Es usted muy amable, Vargas..., miss Vargas! ¿De modo que estamos cerca de Navidad?

—Me parece que si —rio Sagrario—. ¿No lo sabía?

—Mmm... Pues... Bueno, creo que esa información anda por alguna parte de mi cerebro... ¿De modo que es usted licenciada en Filosoletras y Sofía?

— ¡Por Dios, no! —soltó una deliciosa carcajada, Sagrario—: ¡He dicho Filosofía y Letras!

— ¡Ah! Sí, claro...

— ¿Y usted?

—No, no. Yo no.

— ¡Le pregunto qué es usted!

— ¿Yo? Soy hombre. Sí, sí: hombre.

— ¡Eso nadie lo duda! —rio una vez más la española—. Pero ¿a qué se dedica?

— ¡Ah, ya...! Soy doctor en Ciencias Químicas.

— ¡Virgen Santísima!

—No, no... En Virgen Santísima, no. Sólo en... ¿De qué se ríe usted ahora, miss Bragas?

—Vargas —hipó Sagrario—, ¡VAR-GAS!

—Es usted muy guapa —balbuceó Cliff—: ¡Muy guapa! ¡Qué bien ríe!

—Supongo..., que como todo el mundo —pudo decir entre risas Sagrario.

—No, no... ¡Claro que no! Por ejemplo, yo río muy mal. Y si no, escuche: ja, ja, ja... je, je... ¡Je!

— ¡Ay, Dios mío! —se llevó Sagrario las manos al vientre—, ¡Ay, Dios mío, que me muero de risa...! ¿Usted. .. usted es inglés, señor Marsh?

—Toma, claro.

—Pues resulta... de lo más gracioso.

— ¿Yo soy gracioso?

— ¡Graciosísimo!

— ¿Qué te parece? —se pasmó ante sí mismo Cliffton Marsh—. Muchacho, éste es tu día. Oiga, miss... Var-gas: ¿aceptaría tomar conmigo un trago de sol?

— ¿Un trago de qué?

—De sol. Ahora que recuerdo, hace un par de años un amigo mío estuvo en España, y me trajo una botetella de regalo. Me dijo que era sol de España aprisionado. Pero es líquido, palabra.

— ¡Sol de Andalucía embotellado! —Sagrario ya no podía reír más—. Su amigo le trajo una botella de vino andaluz, seguramente de Moriles, Montilla, Jerez, Sanlúcar... A algunos vinos los llamamos así: sol de Andalucía embotellado.

Cliffton Marsh quedó meditabundo unos segundos, antes de asentir con un gesto lento, todavía un tanto incierto.

—La verdad es que mi impresión era que la industria española no estaba tan desarrollada como para embotellar el sol. Bueno, el hecho cierto es que tengo una botella... La puse en algún sitio, estoy seguro. ¿Nos atizamos un driking?

—Pues...

—Tengo también buena música.

—Es que...

—Y hasta recuerdo ahora una chiste muy bueno, que me contó un amigo. ¿Ve usted ese ramo de margaritas?

—Sí —se desconcertó Sagrario.

—Pero apuesto a que no sabía usted que el sitio preferido de los elefantes para esconderse es, precisamente, detrás de las margaritas. ¿A que no lo sabía?

—Vamos, señor Marsh... ¡Un elefante no puede esconderse detrás de una margarita!

— ¿Ah, no? Bueno, ¿acaso ve usted algún elefante detrás de esas

margaritas?

— ¡Claro que no!

— ¿Cómo habría de verlos, si están escondidos detrás?

Sagrario se quedó con la boca abierta..., antes de volver a reír con auténticas ganas... Cliffton Marsh se abalanzó hacia un mueble-bar, lo abrió, y comenzó a buscar, hasta que encontró la botella llena de polvo, que mostró triunfalmente.

— ¡Aquí tenemos...!

— ¡No la agite! —se aterró Sagrario—. ¡No haga eso!

--Oh, está bien... Esto... ¿Qué me dice? ¿Tiene sacacorchos?

—Mire, señor Marsh, agradezco su invitación, pero... Vaya, no sé si se ha dado usted cuenta, entre otras cesas, de que estoy en bata...

—Hagamos una cosa: usted va a quitarse la bata, y se viene para aquí con un sacacorchos, mientras yo me pongo el esmoquin. ¿Qué le parece?

—Si me quito la bata aún será peor.

—No creo. Quiero decir que se ponga otra cosa, claro... ¡Je! Aunque por mí... O sea, que... Ejem... ¿La espero?

Sagrario Vargas estuvo unos segundos mirando con gran atención al gigante rubio de los ojos claros, y por fin, asintió:

—Está bien. Concédame quince minutos... ¿De acuerdo?

— ¡Estupendo! Oiga: ¿esto se pone al frío o no?

— Pues... Sí, póngalo en la parte inferior del frigorífico estos quince minutos. Hasta ahora, señor Marsh.

Cuando vino a darse cuenta, Cliff Marsh estaba desoladamente solo. Reaccionó vivamente, corriendo hacia el cuarto de baño, a cuyo espejo se miró. Torció el gesto, procedió a peinarse, y acto seguido pasó al dormitorio, donde con rapidez asombrosa se puso el esmoquin, para correr a mirarse de nuevo al espejo.

—Tremendo —se dijo—: ¡Allriqht! Bueno, creo que debería mejorar el nudo de... ¡La botella!

Salió corriendo en busca de la botella, y fue a ponerla al frigorífico.

¡Menudo plan había ligado! ¡Y con una española morena, bellísima, de ojos fantásticos, cuerpo sensacional..., y seguramente tan apasionada que...!

El timbre del teléfono le ocasionó una sacudida de pies a cabeza. Por un instante, pensó que era Sagrario Vargas quien le llamaba, para disculparse, pero, pese a lo tremendamente despistado que era recordó que eso no podía ser, porque ella no tenía teléfono. ¡Menos mal!

Regresó al saloncito tras colocar la botella en el frigorífico, y atendió la llamada.

—Marsh... —se presentó—. ¿Diga?

— ¿Cliffton Marión Marsh? —oyó la voz con extraño acento.

—Sí, en efecto. ¿Qué desea?

—Marsh, soy tu condiscípulo Hoi Yue; no nos conocemos, pero somos condiscípulos. ¿Te ha avisado Sensei de mi llegada?

La mirada de Cliff fue hacia uno de los cajoncitos de la librería, despacio. Y también despacio, súbitamente serio, se sentó en el sillón.

—Así es, Hoi Yue: el Maestro me ha avisado. ¿Dónde estás?

—En el aeropuerto de Heathrow. He llegado hace unos minutos. ¿Puede venir a recogerme?

—Desde luego.

—Gracias. No quisiera preocuparte, ni parecerte exigente, pero a menos que lo hagas pronto y dispuesto a todo, sólo llegarás a tiempo para verme con los pies por delante... Quiero decirte con esto que si no quieres complicarte la vida, no tienes por qué hacerlo.

—No seas estúpido —gruñó descortésmente Marsh—. Supongo que eres chino, ¿no?

—Sí. Seguramente, verás más chinos en el aeropuerto, pero me identificarás porque llevo sólo una pequeña maleta, que llevaré en la mano izquierda. En la derecha voy a llevar un ejemplar del The Times. Mi traje es color castaño claro... Tengo treinta y dos años.

—Yo tengo treinta años, soy alto y rubio, y seguramente llegaré con cara de mala leche. Y vestido de esmoquin. Salgo inmediatamente, Hoi Yue.

—Gracias.

Marsh colgó, fue hacia la librería, y del cajoncito que había mirado sacó la carta que había recibido hacía cinco o seis días. La leyó rápidamente:

“Estimado Cliff:

"Hace unos días, otro de mis discípulos, Hoi Yue, se comunicó indirectamente conmigo, pidiéndome ayuda y consejo. La ayuda que pude prestarle fue bien poca: algo de dinero para que pudiese viajar a reunirse contigo. El consejo, fue que confiase plenamente en ti y en tus conocimientos profesionales. Sé que Hoi Yue ha iniciado el viaje hacia ahí, pero ignoro cuándo llegará, pues me temo que la ruta no le va a ser fácil. Pero tiene algo muy importante que quiere mostrarte, y tengo la certeza de que entre ambos conseguiréis algo positivo. ¿Es mucho pedirte que atiendas a Hoi Yue, que, como tú, es uno de mis más queridos discípulos?

"Recibe todo mi afecto.

"Sensei."

Junto a la firma, estaba la estrella de la Kuro Aras-hi, la muy peculiar organización que dirigía el Maestro: una estrella de seis puntas, completamente negra, excepto los orificios en blanco que indicaban la posición de los ojos y la boca; unos ojos de extremos alzados, terribles, una boca con las comisuras curvadas hacia abajo, en un gesto hosco, hostil, amenazador... La estrella distintivo de la Negra Tempestad...

—No —musitó Marsh—: No es mucho pedirme, Maestro.

Se guardó la carta en un bolsillo, y, sin más, salió del apartamento.

* * *

Hoi Yue colgó el auricular, y, tras mirar preventivamente alrededor, salió de la cabina telefónica, sujetando ya con la mano izquierda su pequeña maleta y con la derecha el ejemplar del The Times...

Sus esperanzas fueron vanas. No había conseguido despistarlos. Primero vio a los dos hombres de raza china. Luego, vio al otro. No conocía a ninguno de los tres, pero supo que eran ellos. Por el momento, no veía a ninguno de los dos hombres blancos que le habían estado mirando cuando pasó por la revisión de pasaportes, pero era obvio que habían sido sustituidos, quizá para engañarle.

Sí. Eso debía ser. En principio, podían haber pensado en atacarle directamente, pero, al verle telefonear, habían cambiado de idea. Y Hoi Yue supo cuál era la nueva idea: esperar a ver a quién había llamado él, y cazarlos juntos. Matarlos juntos. O quizá pensasen que él había enviado la libreta por

correo, desde otro lugar, a alguien de Londres, y que ese alguien era la persona a la que había llamado, y querían conocerlo, para atacarlo también...

Hoi Yue tenía dos alternativas. Una: esperar a que llegase Marsh, y así tendría ayuda. Pero iba a ser una ayuda muy relativa, ya que, por supuesto, Marsh llegaría sin arma alguna, de modo que sería fácil víctima de aquellos hombres, que sí estaban armados; en definititiva: todo lo que podía conseguir era que matasen también a Cliffton Marsh. Así que esta alternativa no le gustó a Hoi Yue. Ni le convenía que Marsh muriese, ni tenía derecho a meterlo en una trampa que ya no admitía dudas, una trampa mortal.

La segunda alternativa era por demás arriesgada, pero... sólo para él, para Hoi Yue. Y, por otra parte, presentaba ciertas posibilidades de éxito. Él era joven, fuerte, rápido... ¿Por qué no probar?

Estuvo caminando como distraído de un lado a otro del amplísimo vestíbulo, mirando a todos lados, como si no se percatase de la presencia de aquellos hombres... Y de pronto, comenzó a correr.

Corrió velozmente hacia el grupo de personas recién llegadas a Heathrow, y que parecían esperar algo. Parecían un grupo de turistas, rodeados de maletas y paquetes de todas clases. Sí, seguramente eran turistas, que estaban esperando el autocar especial que les llevaría a todos juntos a Londres, donde iniciarían una semana o dos de interesantes vacaciones...

Hubo grititos, exclamaciones de sobresalto, respingos, protestas, cuando Hoi Yue, rudamente, se metió entre el grupo de turistas, empujándolos a todos, apartándolos, cruzando entre ellos a toda prisa, interponiendo el grupo entre él y sus vigilantes asesinos. Cuando hubo cruzado el grupo, dejaba atrás un montón de personas protestando airadamente..., y tres hombres, dos chinos y uno blanco, que, componiendo una mueca de sobresalto y rabia a la vez, se lanzaban tras él, ya sin disimulos, rodeando el grupo de turistas.

En un instante, los tres perseguidores comprendieron la inquietante verdad: jamás alcanzarían a un hombre que corría como Hoi Yue. Mientras él se desplazaba velozmente, alejándose, ellos se veían en apuros tan sólo para conservar el equilibrio sobre el brillante suelo del vestíbulo.

Sólo había una cosa a su disposición que fuese más rápida que Hoi Yue.

Y esa cosa fue utilizada. El hombre blanco sacó la pistola, apuntó un instante hacia la espalda de Hoi Yue, y apretó el gatillo,

Plop, chascó el arma.

Veintitantos metros más allá, Hoi Yue lanzó un alarido, dio una vuelta en el aire, cayó sobre el vientre, y se deslizó así sobre el resbaladizo piso; y aún

no se había detenido cuando se puso en pie, dispuesto a continuar corriendo.

Plop, plop, disparó uno de los chinos.

De nuevo gritó Hoi Yue, curvándose, ahora, hacia atrás, llevando crispadamente las manos hacia la espalda. Esta vez no saltó; simplemente, cayó violentamente de rodillas, luego de cara..., y quedó inmóvil.

Alrededor se oían gritos, chillidos histéricos, carreras de pies, alguna caída... Los dos chinos y el hombre blanco corrían hacia Hoi Yue. Llegaron junto a él, le dieren la vuelta, y el asesino de raza blanca comenzó a registrarle frenéticamente los bolsillos, pasando a los suyos todo lo que encontraba. Uno de los chinos había recogido el Times. El otro miraba alrededor, en busca de la pequeña maleta de Hoi Yue, que debía haber sido enviada por éste no muy lejos, al recibir los balazos..

No muy lejos, se oía un silbato policial.

— ¡Granger, la policía! —exclamó uno de los chinos.

El asesino blanco alzó el contraído rostro picado de viruela, soltó una horrenda maldición, y se incorporó rápidamente.

— ¡Vámonos! —gritó.

CAPITULO II

Nada más entrar en el aeropuerto, Cliff Marsh comprendió que algo había sucedido. Y tardó muy poco en enterarse: habían matado a un hombre a balazos.

En pocos segundos, estuvo en situación de hacerse cargo de la verdad. Se quedó mirando el cuerpo tendido en el piso, cubierto con una manta de viaje de algún compasivo turista. Ni siquiera intentó acercarse. Simplemente, mezclado entre el resto del público, asistió a la llegada de los enfermeros, que se hacían cargo del cadáver para llevarlo a la ambulancia. Por un instante, pudo ver el rostro oriental del cadáver. Un rostro lívido, crispado. Por un lado de la boca se le veía una estría de sangre ya seca...

Cliff Marsh estaba seguro de que aquél era Hoi Yue, por la sencilla razón de que había muerto a balazos. Hoi Yue no debía utilizar armas, de modo que si aquel hombre fuese un enemigo suyo no habría muerto así, ciertamente. Podía equivocarse, y ojalá fuese así, pero si lo era, recibiría próximamente otra llamada del muerto.

Sin embargo, no se movió. Como clavado al suelo, permaneció allí, mirando serenamente a todos lados, en busca de algún rostro que llamase su atención de modo especial. Fue en vano. Oía comentarios sobre lo sucedido, eso era todo. Pero tenía la certeza de que si se interesaba directamente por el hombre muerto, alguien se fijaría en él. Alguien a quien él no conocía, y que podía atacarle impunemente en cualquier momento.

No. No se daría a conocer, por el momento. Antes tenía que reflexionar.

Se dirigió hacia un bar, se acomodó en un taburete, y pidió un whisky. Sí, señor, un whisky. En el bar se hacían comentarios sobre lo sucedido, naturalmente, pero nada que pudiese ayudarle a él.

¿Era suya la culpa? Tras pensarlo detenidamente, se dijo que no. Claro que no. Si Hoi Yue le hubiese avisado antes de llegar, él le habría estado esperando, y quizá las cosas habrían sucedido de otra manera. Quizá.

Bien..., ¿qué era lo que quería mostrarle Hoi Yue? Era algo relacionado con su trabajo, naturalmente, puesto que así se lo comunicaba Sensei en la carta... ¿Relacionado con Ciencias Químicas?

Cliff sacó la carta, y la leyó una vez más. Bien..., ¿qué podía hacer ahora? Por supuesto, enterarse discretamente del lugar al que era llevado el cadáver de Hoi Yue. Muy bien. ¿Y luego?

No tenía ni la menor idea, así que decidió regresar a su apartamento en

Mayfair, y allí comenzar a telefonear hasta saber adónde habían llevado a Hoi Yue.

Pagó el whisky, abandonó el aeropuerto en dirección al estacionamiento, y poco después emprendía el regreso a Londres. Eran casi las diez de la noche cuando se detenía ante su puerta, llavín en mano. Entonces, vio aquel objeto introducido en la ranura de la cerradura: un sacacorchos, cuya aguda punta había sido metida en la ranura, de modo que se sostenía allí, horizontal al suelo.

Inmediatamente, Marsh miró hacia la otra puerta de aquel piso, y a su memoria acudió la bellísima imagen de Sagrario Vargas. Vaya por Dios..., ¡menudo plantón le había dado al bombón! Y, ciertamente, no tenía ganas de juerga en aquel momento. Ni siquiera tenía deseos de disculparse. Ocasiones mejores habrían. Así que abrió la puerta, entró, cerró silenciosamente tras él, y tras dejar el sacacorchos sobre la mesita, tomó el listín telefónico y frunció el ceño.

¿Por dónde empezaba...?

Antes de las doce de la noche sabía dónde estaba Hoi Yue: naturalmente, en el Depósito de Cadáveres Central, donde se procedería a esperar que alguien reclamase el cadáver, o lo identificasen. ¿No llevaba documentación? No. ¿Ni siquiera pasaporte? No, no llevaba nada encima, absolutamente nada: le habían vaciado los bolsillos. ¿Quién era él? ¿Conocía a la víctima? Marsh esperaba esta pregunta, naturalmente, y cuando se produjo, simplemente, colgó el auricular.

Y cerró los ojos.

Pero fue peor, porque al no ver éstos nada, su mente continuó proyectando, como en una nítida fotografía, la imagen de Hoi Yue, saliendo del aeropuerto en camilla, con los pies por delante.

—Está bien —susurró, sin abrir los ojos—: Está bien.

* * *

Estaba cansado, aburrido y amargado cuando, ya de noche, apareció la chinita.

Se quedó mirándola súbitamente interesado, aunque, realmente, con pocas esperanzas. Se había pasado todo el día delante del Depósito de Cadáveres, esperando ver algo o alguien que mereciese su interés. Y ahora, cuando tan cansado y aburrido estaba, y se decía que estaba perdiendo estúpidamente el tiempo, aparecía la muchacha china, llegando en un taxi. La vio apearse, mirar hacia el Depósito de Cadáveres...

Marsh se irguió en el asiento de su automóvil. ¿Iba a entrar allí, o simplemente vivía cerca y...?

Entró. La muchacha fue directa a la entrada, y des- apareció de la vista de Cliffton Marsh, que se dedicó a reflexionar. En Londres había gente de todas las razas, desde luego, así que la llegada de la chinita podía obedecer a cualquier causa, o, aunque fuese relacionada con alguna muerte..., ¿por qué precisamente con la de un chino?

La chinita salió casi media hora más tarde. Para entonces, estaba lloviendo. En decir, caía esa fina lluvia he- lada que más parece agua pulverizada, y que convierte todas las luces de la ciudad en cegadoras estrellas de diversos colores. El piso de la calzada parecía un espejo, la visibilidad era pésima.

Marsh miraba fijamente a la muchacha china, que había abierto el bolsito, y sacaba de él algo brillante, ¡Ah!; era una chica prevenida, sí, señor: lo que sacó fue un impermeable transparente, que se puso, en el zagúan. Estaba claro que no tenía grandes esperanzas de encontrar un taxi, y esto se confirmó cuando comenzó a caminar, alejándose.

Casi al mismo tiempo Cliff Marsh captó el movimiento de unas luces recién encendidas. Primero vio las amarillas, de posición delantera; luego, las rojas, de la parte de atrás. A la derecha del coche recién puesto en movimiento, caminando bajo la fina lluvia por la acera, veía a la muchacha china. Cliff apretó los labios, y puso en marcha el motor de su coche, que zumbó suavemente, pese al frío. Accionó el limpiaparabrisas, que comenzó a quitar del cristal aquella especie de niebla adhesiva: ziiií-zaaaás, zíiiis-zaaaáss, ziiiís-zaaaás...

¿Alguien había tenido la misma idea que él? ¿Esperar a alguna persona que pudiese ser relacionada con Hoi Yue? La cosa parecía bastante clara: en el aeropuerto, habían visto a Hoi Yue llamando por teléfono, y habían llegado a la conclusión de que alguien, el receptor de aquella llamada, acudiría tarde o temprano para saber cosas de Yue. Es decir, que si eso lo hubiese hecho él, sería a él a quien estuviesen siguiendo...

¡Ziiiízzz-zaaaásss, ziiiísss-zaaaaásss!

El coche que le precedía se adelantó a la muchacha, y cuando la decepción comenzaba a producirse en Cliff Marsh, el vehículo se detuvo, muy pegado al bordillo, y dos hombres se apearon rápidamente, acercándose a la muchacha. Los dos hombres se detuvieron ante ella, y Marsh la vio alzar vivamente la cabeza. La muchacha comenzó a negar. Uno de los hombres la tomó del brazo, y tiró de ella hacia el coche.

Marsh detuvo el suyo, se apeó, y echó a correr hacia el grupo, en el que

nadie reparaba. Apenas se veía, hacía frío, el tiempo era incómodo, además. En realidad, no había nadie en la calle, en aquel momento.

Pero sí estaba Cliffton Marsh, que, a unos tres metros del grupo, dejó de correr... para echar a volar.

Uno de los hombres que estaba con la muchacha volvió la cabeza, y la alzó, sobresaltado, para mirar aquella forma humana que llegaba volando. Sus ojos se abrieron mucho..., un instante antes de recibir en el pecho la doble patada que le propinó el hombre-pájaro. Suspendido en el aire a más de dos metros de altura, Marsh efectuó la Modumbal Ap Chagui sin consideración alguna, y el hombre, lanzando un grito, salió despedido y cayendo hacia atrás impulsado por aquella terrible fuerza que lo estrelló contra el suelo...

Mientras Marsh caía como un gato en el lugar donde acababa de concretar su ataque. El hombre que sujetaba a la muchacha la había soltado, y metía la mano derecha hacia la axila izquierda. Marsh giró, colocándose prácticamente de espaldas al hombre, cuyas facciones chinas veía perfectamente, y alzó la pierna derecha de modo increíble, alcanzando al chino en pleno rostro con el impecable Tuit Chagui. El hombre lanzó un alarido, se llevó las manos a la cara, y cayó sentado dos metros más allá, con tal fuerza que acabó de caer hacia atrás, y su cabeza resonó contra la acera.

— ¡Corra hacia mi coche! —gritó Marsh.

La muchacha parecía clavada al suelo, pero Cliff la tomó del brazo, y tiró de ella..., reparando entonces en que del coche salía otro hombre, por el otro lado, y que rodeaba el coche empuñando ya una pistola, que comenzó a apuntar hacia el británico...

— ¡TááAAAAaaaaa...! —brotó el Kiai, del vientre de Cliffton Marsh.

Y mientras lo profería, vibrante, sonoro, terrible, se elevaba de nuevo en el aire, pasando por encima del coche, encogidas las piernas, y disparando la derecha en espantoso latigazo cuando estuvo a la distania conveniente. En aquel momento, el hombre disparaba, pero la bala salió alta, vertical hacia el cielo, debido a la caída fortísima del sujeto al recibir en pleno rostro el Yop Chagui en suspensión.

Marsh cayó medio sentado medio de espaldas sobre el capó del coche, rebotó, y cayó al suelo sobre ¡os píes, flexionadas las piernas. Efectuó otro salto inmediata- mente, hacia el primer hombre que había golpeado en la acera, y que, de nuevo en pie, tambaleante, sacaba su pistola por fin... El directo de puño le alcanzó en la nariz, que reventó como un tomate, y lo tiró contra la pared, donde rebotó para caer de bruces...

Cliff asid de nuevo a la petrificada chinita, y tiró de ella hacia el coche. La metió dentro, pasó ante el volante, y vio a su segundo antagonista de pie, alzando la pistola. Le lanzó las luces largas, y el hombre, instintivamente, saltó hacia atrás y alzó los brazos para protegerse del deslumbramiento. Marsh arrancó..., directo hacia el hombre que había caído en la calzada, y que estaba ahora arrodillado, recogiendo su pistola. Atrapado

de lleno en la luz del coche de Marsh, el chino lanzó un grito cuando vio acercarse, rugiendo, aquel monstruo de hierro que lo deslumbraba, y saltó como pudo hacia un lado en el mismo momento en que Cliffton Marsh desviaba el coche justo hacia ese lado, precisamente para no arrollar al hombre.

Lo único que había pretendido fue asustarlo, impedirle disparar, y su intención de esquivarlo, de sortearlo acto seguido, eran sinceras: no deseaba matar de aquel modo a nadie. Pero fue el chino quien se colocó, con su torpe salto, delante del coche de Marsh, y éste notó el golpe en el morro del vehículo, algo que crujía, el salto del coche acto seguido... Cuando miró por el retrovisor, sólo pudo ver una forma confusa en el suelo, rodeado del brillo del agua y de luces de colores, y, en la acera, dos confusas sombras más, tambaleándose...

Miró de reojo a la muchacha, que se había vuelto y contemplaba con expresión desorbitada el cuadro que el rubio británico dejaba atrás.

—Le aseguro que no quería atropellar a ese hombre —masculló Cliff—: él se puso delante, usted lo vio.

Ella le miró, sin reaccionar en modo alguno. El escenario de la lucha quedó atrás, Cliff redujo la velocidad, y miró a la muchacha, que le contemplaba ahora más desconcertada que asustada.

— ¿Qué tal? —tendió la diestra Cliff—. Soy Cliffton Marsh.

La muchacha miró aquella mano, enorme, poderosa, nudosa y bella al mismo tiempo, y puso la Suya entre aquellos dedotes que la oprimieron. Marsh echó un vistazo al retrovisor tras retirar la manaza, y volvió a mirar a la muchacha.

—Supongo que tiene usted un nombre.

—Sí... Sí.

—Bueno, cuando le parezca oportuno, me lo dice. ¿Conocía usted a Hoi Yue?

— ¿Cómo sabe eso? —exclamó ella.

—Porque soy muy listo. ¿Qué le decían esos tipos?

—No sé... Bueno, me pareció entender que... Sí, querían que fuese con ellos.

— ¿Le dijeron por qué?

—No. Usted apareció cuando querían meterme en el coche... ¿Conocía usted a Hoi Yue?

—Puedo decirle, sin mentir en absoluto, que Hoi Yue y yo éramos compañeros, condiscípulos.

— ¡Ah...! ¿Condiscípulos? ¿De dónde?

—A los dos nos enseñó algunas cosas cierta persona, cuyo nombre no viene al caso.

—Bueno... El mío es Pei... Pei Ching.

—Pues tantísimo gusto. ¿Ha cenado ya, Pei Ching?

—Claro que no... ¡Ni siquiera podría tragar un bocado, en estos momentos! Mire, señor Marsh, no... no entiendo lo que está pasando, pero si me permite apearme, iré a mi...

— ¿A su domicilio?

—Sí... Claro.

Cliff detuvo el coche ante un semáforo, y miró directamente a la chinita.

—Olvídelo, Pei Ching. Olvide su apartamento, ahora. Voy a decirle, por si todavía no se le ha ocurrido a usted, que esos hombres que hemos tumbado son los mismos que mataron a Hoi Yue.

— ¡Oh! Pe-pero... ¡pero entonces, tenemos que avisar a la policía, y decirles...!

—Nada de eso, por el momento.

—Pe-pero, señor Marsh...

Este arrancó de nuevo, apenas apareció el color verde en el semáforo, y, visualmente, dedicó toda su atención a la marcha, mientras decía:

—Por lo general, soy una persona pacífica, cumplidor de mis obligaciones y de las leyes, y poco amigo de complicarme la vida. Pero... Bueno, cuando pasa algo diferente, hay que actuar de modo diferente. Le diré lo que ha

pasado: Hoi Yue me llamó por teléfono desde el aeropuerto, anoche pidiéndome que pasase a recogerlo, cosa que acepté en el acto. Cuando llegué, lo habían matado a balazos.

—Sí, yo... yo lo he... lo he visto en el Depósito...

—Es decir, que él era el que mataron en Heathrow.

—Sí, sí.

— ¿Alguien la avisó a usted, para que viniera a identificarlo?

—No. Yo había recibido hacía dos días un telegrama de Hoi, desde París, diciéndome que llegaría a Londres con fecha de ayer, y que en seguida me llamaría por teléfono. Pero no me llamó, así que pensé que no había llegado. Pero esta tarde he visto en un periódico una breve reseña de lo que ocurrió anoche en Heathrow, y como decía que el chino muerto no había sido identificado todavía, pues... pensé que podía ser Hoi. Me ha atendido un policía, que me ha hecho muchas preguntas, y me ha dicho que ya creían saber quién era, por las listas de los vuelos que llegaron ayer a Heathrow. Ha sido muy amable...

—Y le ha tomado la dirección y teléfono, ¿no es así?

—Sí... Sí, en efecto.

—Mire, Pei Ching, se lo voy a decir bien claro: dentro de poco, no será solamente la policía la que sabrá su dirección y número de teléfono. Esos hombres que hemos dejado atrás lo averiguarán, de un modo u otro. Estaban haciendo lo mismo que yo: esperar que alguien conocido de Hoi Yue viniese al Depósito de Cadáveres, para... sostener una entrevista con él. Es obvio que vieron a Yue llamar por teléfono, asi que...

— ¡Pero si Hoi no me llamó por teléfono!

—A usted, no —sonrió secamente Marsh—, pero sí a mí. Ellos lo vieron, y deben haber estado vigilando el Depósito de Cadáveres esperando que, de un modo u otro, el comunicante de Hoi Yue apareciese por aquí. Yo no me he delatado, pero la han visto a usted, han visto que era china, y... la han esperado. Al abordarla en la calle le han preguntado si conocía usted a Yue, ¿no es cierto?

—Sí... Sí.

—Y entonces, han querido llevársela. Evidentemente, algo no les salió bien... Parece que no han tenido suficiente con matar a Yue.

—Pero..., ¿usted está., seguro de lo que dice?

—Tema, claro —gruñó Cliff— Quieren algo que traía Hoi Yue. ¿Le han enseñado en el Depósito sus objetos personales o sus pertenencias?

—No. Han dicho que no llevaba nada encima. Absolutamente nada.

— ¿Ni siquiera un periódico, un ejemplar del Times? ¿Ni una pequeña maleta?

—Nada absolutamente. Creo que la policía debería saber...

—No —cortó secamente Marsh—. Tengo en la memoria el número de matrícula de ese coche, y quiero intentarlo por mi cuenta. No sé cómo me las arreglaré, pero algo pensaré. Dígame una cosa: ¿por qué la llamó Hoi Yue a usted desde Par...?

—Me puso un telegrama... —rectificó Pei Ching—. ¿Por qué lo hizo? Bueno, señor Marsh, hace años que nos conocemos... nos conocíamos, quiero decir. Yo hacía mucho tiempo que no sabía nada de Hoi, pero está claro que él sí sabía dónde estaba yo. No me pregunte cómo, porque no lo sé.

— ¿Me mencionaba Yue en el telegrama?

—Claro que no. De ser así, le habría buscado a usted.

—Ya. Sí, es lógico. ¿Usted y Yue eran... algo especial?

—No. Sólo buenos amigos. De verdad, sólo amigos.

—Bueno, señorita Ching, pues al igual que yo, ha perdido usted un amigo. ¿Hace mucho tiempo que vive en Londres?

— Sí, mucho, desde niña. Señor Marsh, yo di mi nombre y dirección a la policía, y sí me llaman y no me localizan, quizá... pensarán cosas raras de mí.

—Arreglaremos eso a su debido tiempo, no se preocupe. Pero de ninguna manera debe volver usted a su apartamento. Eso sería algo así como un suicidio.

—No entiendo nada de lo que está pasando, ni de lo que usted dice, señor Marsh. Y usted... usted tampoco me parece... digno de confianza.

—Caramba —masculló Marsh—. ¿Por qué dice eso?

—Bueno, usted..., usted ha hecho cosas con esos hombres que... que parecen... imposibles. Quiero decir que parece un luchador, o un... aventurero que...

—Ya. Pero se está equivocando: no soy un aventurero, ni un luchador, ni ninguna clase de granuja, señorita Ching. Lo que usted ha visto ha sido solamente un poco de Tae Kwon Do, o si lo prefiere dicho de otro modo, de Karate Volador. Con la debida modestia le diré que soy un experto en ese Arte Marcial.

— ¿Quiere decir que es Cinturón Negro?

—En efecto, Tercer Dan de Tae Kwon Do. Si bien le aseguro que jamás pensé en utilizarlo de un modo tan... aparatoso y al mismo tiempo tan conveniente.

—Bueno, usted tiene unos conocimientos maquiavélicos que...

— ¡Vamos, señorita Ching! —rio Marsh—. ¡Qué maquiavélicos ni qué narices...! Usted, como oriental que es, no debería decir semejantes tonterías. Yo soy solamente un deportista que gracias a la práctica del Tae Kwon Do he... domesticado mi cuerpo y he conseguido formarme mental y espiritualmente mejor que otras personas que no han vislumbrado todavía el Camino. Soy todo lo opuesto a un granuja aventurero..., pero, desde luego, si alguien llega a molestarme, como ha sucedido con el asesinato de Hoi Yue, pues... que se atenga a las consecuencias cuando le enseñe el lado poco amable de mi personalidad. Acabo de tener una gran idea.

— ¿Qué idea?

—Pasará usted la noche en mi apartamento, y mañana ya veremos. ¿Qué le parece mi idea?

—Muy interesante.

Cliff miró a la chinita, sonriendo, pero quedó súbitamente serio al ver la expresión entre irónica y desconfiada de ella. La sonrisa se esfumó de los labios del taekwondoka.

—Oiga —farfulló—: ¿qué está pensando?

—Yo, nada —replicó Pei Ching—, ¿Y usted?

—Toma, yo tampoco. ¿Qué demonios se ha creído...?

—Le ruego que me perdone. He debido pensar que a los hombres como usted, tan... formado mental y espiritualmente, las mujeres le tienen sin cuidado.

—Oiga, pitorreos, no, ¿eh?

— ¿Quiere decir que le gustan las mujeres?

—Más que las sardinas a un gato.

—En ese caso, me parece que lo mejor que puedo hacer, es apearme de su coche ahora mismo, señor Marsh.

Cliff Marsh frunció el ceño. De pronto, desvió el coche a la izquierda, frenó junto al bordillo, se apeó, rodeó el coche, y fue a abrir la portezuela que había quedado ante la acera.

—Adiós, señorita Ching —dijo sosegadamente—. Quizá vaya a identificarla a usted al Depósito. O quizá no. Depende de la clase de humor del momento. Lo que sí es seguro es que para localizarla, sólo tendré que llamar allí preguntando por usted. Puede ser esta misma noche, mañana, pasado mañana... De todos modos le deseo suerte. ¡Adiós!

Todavía sentada en el coche, ladeada la graciosa cabecita, Pei Ching miraba fijamente a! altísimo británico que sostenía la portezuela. Marsh la veía mejor a ella que ella a él. Era preciosa... Su cuerpo era menudo, esbelto, de formas graciosas, rotundas, redonditas. El taekwondoka pensó que Pei Ching, envuelta en aquel impermeable de plástico transparente parecía un caramelo. Un delicioso caramelo. La boquita, redonda y llena, debía ser dulcísima. ¡Qué hermosos ojos...! Las orejitas eran diminutas, muy graciosas... ¿Caramelo? ¡Era un bombón de porcelana!

— ¿Sale o no sale? —gruñó Marsh—. ¡Me voy a quedar helado aquí fuera!

—He cambiado de opinión —murmuró Pei Ching.

CAPITULO III

—Lo primero que vamos a hacer —dijo Cliff, apenas entraron en el salón —, es hacer una llamada telefónica. Siéntese, señorita Ching.

— ¿A quién va a llamar?

—A un detective privado.

— ¿Para qué? —se sorprendió la chinita, sentándose. —Para que me localice el coche de aquella gente que querían llevarla de paseo en el coche. Ya sabe: los dos chines y el otro de raza blanca.

—Me parece que ya sólo debe quedar un chino, señor Marsh.

Cliff frunció el ceño, sombrío el gesto. Sí, seguramente la cabeza del chino al que había arrollado había reventado como un melón, al entrar en contacto con el parachoques, que habían encontrado manchado de sanare al dejar el auto en el garaje subterráneo del edificio. ¡Había sido un momento desagradable el dedicado a limpiar la sangre con un trapo; muy desagradable. Fuese como fuese, un hombre había muerto, y Cliffton Marsh, honesto y pacífico ciudadano británico, sabía que se estaba complicando la vida al no dar parte de lo sucedido a la policía...

— ¿Qué está pensando? —se interesó Pei Ching.

—Estaba pensando en lo fácilmente que puede complicarle la vida a una persona. Pero estoy decidido a seguir adelante, así que llamaré por teléfono.

Encontró varios detectives privados en el directorio telefónico, y llamó al que, por el tamaño del anuncio, le pareció el 'más importante. Le facilitó la matrícula del coche del hombre blanco y los dos chinos, hizo constar lo urgente del asunto, y colgó. Ajajá: un asunto en marcha,

—Creo que deberíamos cenar algo —propuso.

—Está bien —aceptó Pei.

— ¿Se le ha abierto el apetito?

—No demasiado... Pero pienso que debemos sobreponernos a cualquier circunstancia de la vida, ¿no le parece?

—Por supuesto. Y no creo que muriéndonos de hambre solucionásemos nada en favor del pobre. Hoi Yue. Iré a la cocina a preparar algo.

— ¡Oh!; le voy a ayudar, naturalmente.

—Estupendo —sonrió Cliff.

Poco después, mientras preparaban una simpática cena en la cocina, Pei Ching, que había permanecido silenciosa algunos minutos, preguntó, de pronto:

—Lo que no comprendo es que Hoi le llamase a usted, si no le conocía, señor Marsh.

—Ya le dije antes que los dos aprendimos cosas de la misma persona. Y esa misma persona me ha escrito recomendándome a Hoi Yue.

—¡Ah.,.! ¿Qué persona es ésa?

— ¿Qué importa eso?

—Bueno. Pienso que posiblemente esa persona sepa algo concreto sobre lo que Hoi Yue tuviese que tratar con usted.

—Sí... —reflexionó Cliff—. Sí, así debe ser, naturalmente, ya que esa persona recomendó a Yue que confiase en mí y en mis conocimientos profesionales.

— ¿Qué conocimientos son ésos?

—Soy doctor en Ciencias Químicas.

— ¡Oh! ¿Y eso... en qué consiste? —Pues consiste en... Toma, en cosas de química, claro. ¿En qué trabaja usted, señorita Ching?

—Soy vendedora de productos para la belleza femenina, a domicilio: perfumes, cremas, maquillajes, depilatorios... Cosas así.

— ¡Caracoles...! Bueno, pues es posible que yo haya intervenido en la fabricación de alguno de esos productos. Pero eso es sólo como un trabajo... de supervivencia. Tengo que ganar dinero para vivir, pero, mientras tanto, mis proyectos profesionales son mucho más ambiciosos. ¿Qué te parece...? ¡Vendedora de cosas de ésas! Apuesto a que no vende nada.

— ¿Por qué no? —se mosqueó Pei Ching.

—Pues porque como usted no necesita cosas de ésas en la cara, y claro está, no las usa, las personas a las que visite pueden pensar que no las usa porque no vale la pena.

—No sé si le entiendo bien —agitó Pei sus largas pestañas.

—He querido decir que es usted preciosa —gruñó Marsh.

—Muchas gracias —sonrió la chinita—. Respecto a esa persona que le envió a Hoi para confiarle algo, pienso que quizá debería usted ponerse en contacto con ella. Y en ese caso, quizá yo podría serle útil.

— ¿Ah, sí? —se sorprendió Cliff—. ¿En qué sentido? —Pues, si es un chino, yo podría escribirle, porque algo sé de eso, y pienso que...

—No es chino. Y no vale la pena complicarse la vida, ya que habla perfectamente el inglés..., entre otros idiomas.

—Debe ser una persona muy culta. ¿Quién es? —Pechuga de pollo...

— ¿Pechuga de pollo? —respingó Pei.

—No, no. Quiero decir que aquí tenemos pechuga de pollo a filetes, con champiñones. Formidable, ¿no cree? Podemos añadirle tomate, claro esté. Y un poquito de especias. ¿La ensalada le gusta con limón?

—Sí... Sí, sí. Respecto a esa persona...

—Yo, una vez, tuve un grano en el cogote: fue de lo más incómodo.

— ¿Qué tiene que ver un grano con...? ¡Oh, creo que entiendo! No quiere decirme quién es esa persona, ¿verdad?

—Se ha ganado la parte más tierna de la pechuga. Y ya que hablamos de pechuga: ¿por qué no se abrocha de una maldita vez esos dos botones de la blusa?

Pei Ching volvió a parpadear, y luego bajó la mirada hacia la abertura de su blusa, en verdad interesante; se veían los redondos bordes aterciopelados de los senos, menudos, turgentes, altos.

—Supongo —murmuró, mirando de nuevo a Cliff— que querrá usted decir que me desabroche otros dos... por lo menos. Porque si no es eso lo que ha querido decir, señor Marsh, es usted un hombre de lo más raro.

—Le aseguro que no soy raro —frunció el ceño Cliff—: Soy tan normal que a veces me asusto de mí mismo.

— ¿Pero debo abrocharme? —susurró ella.

—Pues... Mire, haga lo que guste. A fin de cuentas, es usted mi invitada. Y soy lo bastante cortés para permitir que mis invitados hagan lo que quieran. ¿Cenamos?

— ¿Sabe, señor Marsh?: me estaba preguntando cómo vamos a pasar la noche. Lo digo porque su apartamento sólo tiene un dormitorio y una sola

cama.

—Hay un espléndido sofá en el saloncito, no se preocupe.

—Eso es precisamente lo que me preocupa: el sofá.

— ¿Por qué? —se sorprendió Cliff.

—Porque es el truco más viejo del mundo.

—Mire, señorita Ching, como acabo de decirle, soy un hombre de lo más normal, pero también soy un perfecto caballero. De modo que no tiene nada que temer. A menos que usted silbe.

— ¿Qué pasará si silbo? —se sorprendió ella, ahora.

—¡Caramba! —sonrió él—: todo el mundo sabe lo que significa que una persona silbe cuando tiene a otra del sexo opuesto durmiendo en otra habitación.

—Pues yo no lo sé.

—Mmm... Creo que debemos cenar.

— ¿Y luego?

—Podemos charlar, oír música, mirar la televisión, tomar unas copas... A elegir, o todo junto. Finalmente, tal como hacen en las películas, le prestaré una chaqueta de uno de mis pijamas que le servirá de camisón, y nos diremos buenas noches.

—Es un programa entretenido —sonrió Pei Ching.

—Y barato. ¡Caracoles!; ¡tengo ganas de verla a usted con mi pijama!

* * *

— ¿Qué tal estoy? —apareció Pei, acabando de abrochar el botón superior de la chaqueta del pijama.

—Está hecha un delicioso fantoche. ¿Puedo decirle que tiene unas piernas tremendas?

—Puede decirlo, pero no lo entiendo: ¿tremendamente bonitas... o tremendamente feas?

— ¡Mujeres..., bonitas! —respingó Cliff—. Es usted toda una muñequita. Si estuviese aquí mi prima Deborah seguramente querría jugar con usted.

— ¿Usted no juega nunca con muñecas?

—Se me pasó la edad.

— ¡Eso no es cierto! —rió Pei Ching.

—Yo creo que sí. Tengo ya treinta añitos, y a esa edad, ya se pasó el tiempo de jugar con muñecas.

—Pues a esa edad es cuando otros empiezan a jugar...

—Reflexionaré sobre ello. Buenas noches, señorita Ching.

—Buenas noches.

La chinita sonrió, dio media vuelta, y se dirigió hacia el dormitorio. Cliff la estuvo mirando hasta que salió del saloncito. Entonces, apagó la luz de éste, se tendió en el sofá, y se cubrió con la manta.

En todo aquel día no había acudido a trabajar en su empleo, ni había adelantado nada en sus estudios privados. . Pero no importaba. Él tenía, era de esperar, mu- cho tiempo por delante. En cambio, Hoi Yue había ter minado con todo. Cliffton Marsh era demasiado sincero consigo mismo para engañarse: la muerte de Hoi Yue no le iba a quitar el sueño, ciertamente, ya que ni siquiera lo conocía, y él no había tenido culpa de nada.

¡Estúpido chino! ¿Por qué enviaba un telegrama a Pei Ching y no le enviaba otro a él, avisándole de su llegada? Si él hubiese estado en el aeropuerto, entre los dos quizá habrían hecho que las cosas fuesen muy diferentes...

¡Piiiíii!, sonó el agudo silbido.

Marsh se quedó sin respiración, como petrificado. Sus ojos se volvieron hacia la puerta del saloncito, iluminado por el resplandor de las luces de la calle en la ventana y en la puerta-ventana que daba a la terraza. Debía haberlo soñado...

¡Fíiii...!

—Bueno, ya está bien —masculló el taekwondoka.

Apartó la manta de un manotazo, se puso en pie, y salió del saloncito. Segundos después, entraba en el dormitorio. También allí había un cierto resplandor de luz exterior en la ventana, esparciendo un tono lívido por la habitación.

— ¿Ha silbado usted, señorita Ching?

—Sí. Quería saber qué ocurre.

Cliff fue a sentarse en el borde de la casa. Su mano tocó ropa más fina que la manta que debía esperarse. Era una prenda de ropa. La alzó, y pudo distinguir perfectamente la chaqueta de su pijama.

—Parece que tiene mucho calor, señorita Ching.

—No puedes imaginártelo —susurró ella.

—Bueno, veamos... Yo no soy precisamente un bombero, de modo que lo mejor que puedo hacer es regresar al saloncito y...

—No seas tonto... —susurró ella, al mismo tiempo que aparecían sus brazos y rodeaban el cuello de él—. Si yo quisiera un bombero, habría utilizado el teléfono, no el silbidito. Y por otra parte, no voy a ser tan desconsiderada como para permitir que el propietario de esta mullida cama pase una horrible noche en un horrible sofá...

CAPITULO IV

El timbre de la puerta sonó cuando Cliff Marsh se estaba afeitando y pensando. Dejó la navaja llena de jabón a un lado, salió del cuarto de baño, y miró a Pei Ching, que se había sentado sobresaltada en la cama.

— ¿Qué pasa? —preguntó Pei, todavía adormilada, al parecer.

—Pasa que me he afeitado con navaja para no despertarte con el zumbido de la maquinilla eléctrica, pero que alguien no ha sido tan considerado como yo.

— ¿Qué hora es?

—Foco más de las nueve.

—Entonces, buenos días —sonrió luminosamente Pei—, ¿Qué tal has pasado la noche?

—Tengo la impresión de que tan bien como tú.

— ¿Es sólo una impresión o una certeza?

—Pues... dímelo tú.- ¿Qué tal has pasado la noche?

—Soberbia. Pero tengo sueño todavía.

—Lógico. Recuerdo que... Me parece que será mejor que vaya a ver quién pretende dejarnos sordos a timbrazos. Besos.

—Abrazos —rio Pei Ching.

Con media cara llena de jabón, y sólo puesto el pantalón del pijama, Cliffton Marsh fue a abrir la puerta de su apartamento. Lo hizo cuando volvía a sonar el timbre, frunciendo el ceño, irritado el gesto. Pero, en el acto, su expresión cambió.

— ¡Hola! —exclamó—, Sevilla..., ¡olé!

Sagrario Vargas, que había dado ya la vuelta para alejarse de la puerta, regresó, quedando frente a Cliff, un tanto turbada.

—Buenos días, señor Marsh... ¿Está usted bien?

—Toma, claro —se desconcertó Cliff—. ¿Y usted?

— ¡Oh, sí! Bueno es que...

— ¡Ya sé! —recordó Cliff—, ¡El sacacorchos! ¿Ha venido a recogerlo?

—No, no. Bueno, como la otra noche se fue, y no le vi en todo el día de ayer... Bien, pensé que pudiese estar usted indispuesto. Enfermo, ¿comprende?

— ¿Enfermo? ¿Quién? ¿Yo?

—Pues sí... sí.

— ¡Qué tontería! No he estado enfermito desde que cuando tenía doce años me operaron de la... Bueno, dejemos eso. ¿Enfermo yo? ¡Divertida idea, miss Var-gas!

—Celebro haberme equivocado. No es' que pretenda ser indiscreta, pero como buena vecina...

— ¡Y tan buena! Quiero decir que es usted muy amable, claro. Volviendo a lo del sacacorchos...

— ¿Quién es, Clif?

Pei Ching aparecía en el pequeño vestíbulo, ataviada con la chaqueta del pijama, suelto el precioso cabello negro, brillantes los ojos, una dulce sonrisa flotando en sus labios llenos, rendonditos... Cliff Marsh cerró los ojos. Sagrario Vargas los abrió mucho; luego, enrojeció; después miró a Cliffton Marsh, y dijo, con voz tensa:

—Hasta nunca, señor Marsh.

Cuando Cliff abrió los ojos, la puerta de su apartamento estaba cerrada, y Pei Ching se hallaba colgada de su cuello, inquiriendo:

— ¿Quién era, Cliff?

—Mi novia —masculló él—. ¡Maldita sea mi estampa, Pei!: ¿no podías haberte quedado en el dormitorio?

—Es que pensé que podría ser... esa persona que envió a Hoi a entrevistarse contigo, y quería conocerla, ¿No quieres decirme quién es?

—Es Sandokán —masculló Cliff—. Escucha, deja de hacerme preguntas, ve al dormitorio, y vístete mientras yo termino de afeitarme. Tenemos que irnos... Es decir, tú te irás primero.

— ¡Oh, Cliff! Pero si vuelvo a mi apartamento.,

—No, no. Allí, no, Pei. Ve a un hotel. Y no digas a nadie cuál es ese hotel,

no llames a nadie, no digas a nadie dónde estás. El Green Park está bien. No está muy lejos, y es discreto. ¿Tienes dinero?

—Sí. Pero, Cliff, yo creía.,

—Para ser sincero, lo había pensado antes de que ocurriese este1 pequeño incidente. Yo voy a moverme mucho el día de hoy, y quizá este apartamento se convierta en algo así como el cuartel general de unas cuantas personas. Personas de confianza, pero no quiero que te vean.

— ¿Qué personas son ésas?

—Pues son... ¡Caracoles, Pei, preguntas más que el Fisco! Vístete, y lárgate al Green Park. Y simplemente, espera allí. ¿Lo entiendes?

—Sí, Cliff. ¿Me avisarás cuando sepas todo lo que...?

—Es mejor que no te metas en esto. No te compliques la vida, Pei, créeme. Vamos, date prisa, mientras yo me afeito para ir a darle una explicación a esa gatita furiosa. Y para rogarle que sea tan discreta de no mencionar que hay otras personas en mi apartamento. A lo mejor, como vecino de piso, eso le parece inmoral... Se ha enfadado bastante, ¿verdad?

—Yo diría que sí —rio Pei Ching.

—Ve a vestirte —le dio una palmadita Cliff.

Veinte minutos más tarde, después de desayunar los dos, salieron del apartamento. Se despidieron en el pasillo, y cuando Cliff estuvo seguro de que ya Pei Ching había abandonado el edificio, pulsó el timbre del apartamento de Sagrario Vargas. Esta abrió a los pocos segundos, enrojeció intensamente, y sus ojos parecieron lanzar un millón de chispas hacia el británico.

— ¿Qué desea usted? ¿Viene a devolverme mi sacacorchos?

—No, no. Precisamente, todo lo contrario... decir que lo reservo para cuando... destapemos la botella.

—Señor Marsh, usted y yo no...

—Espere, espere un momento, señorita Vargas. ¿Me permite pasar? Gracias —ya había entrado, por supuesto—, es usted muy amable.

—Señor Marsh...

—Señorita Vargas: ¿es usted una chica inteligente y comprensiva?

—Desde luego.

—Entonces, sea tan amable de demostrarlo. Le aseguro que me gusta usted, y la invitación a bebemos una botella de sol aprisionado sigue en pie. Hasta entonces, ¿puedo rogarle que sea comprensiva y no me pregunte nada?

—Es que no tengo por qué preguntarle nada a usted, señor Marsh. Voy a rogarle que me deje en paz y que salga de mi apartamento.

Cliffton Marsh frunció el ceño. Durante unos segundos estuvo mirando los hermosos ojos de Sagrario Vargas. Sí, señor, era cierto: ella le gustaba. Pero, de pronto, la imagen de Hoi Yue en camilla, con los pies por delante saliendo del aeropuerto, lo decidió todo. No tenía tiempo que perder.

—Adiós, señorita Vargas —musitó.

Abrió la puerta, salió al pasillo, y regresó a su apartamento, en busca del gabán. Había dejado la puerta abierta, así que sólo tuvo que empujarla y entrar... Apenas tuvo tiempo de ver a la rubia, porque ella le echó les brazos al cuello, y le besó en la boca.

Sí, señor: o estaba soñando o acababa de ver a una sensacional muchacha rubia que ahora, colgada de su cuello, le estaba besando a toda presión. Subió las manos, tocó las tiernas redondeces pectorales femeninas, y las dudas se desvanecieron: allá estaba la rubia.

Ella separó sus labios de los de él, y emitió un tierno suspiro de satisfacción.

—Hola, querido —susurró.

—Hola, ¿qué tal? —susurró también Marsh—. ¿Cómo estás, Mary?

—Leona —rio ella—. Me llamo Leona, no Mary.

—Apropiado nombre. Yo me llamo Tigre... ¡Grrrrr!

— ¡No seas tonto! —rió Leona—. ¡Sé muy bien quién eres, Cliffton Marsh!

—Inconvenientes de ser popular. ¿En qué cama nos hemos conocido tú y yo, Leona?

—En ninguna..., todavía. Pero estamos a tiempo, tigre. ¡Porque de verdad eres todo un tigre, cachorro mío!

Leona, que no se había desprendido del cuello de Cliff, volvió a besarlo, lanzada a tumba abierta. Cliffton Marsh se cercioró de nuevo de que no estaba soñando. No, señor, no estaba soñando, porque, además, tenía los ojos abiertos, bien abiertos.

Tan abiertos que tuvo que ver perfectamente a Sagrario Vargas apareciendo en la puerta, con una sonrisa de armisticio y un poco sofocada. Al verla, Cliff respingó, e intentó separarse de Leona, pero ella apretó más los bracitos, gimiendo, y quedó colgada completamente de su cuello... Delante de Cliff, Sagrario Vargas había palidecido, volvió a enrojecer violentamente, y, sin más, dio media vuelta y desapareció. Todavía estaba Cliff intentando desprenderse de Leona sin lastimarla cuando oyó el tremendo portazo. Mala suerte...

— ¡Mmmmm...! —se relamió Leona—, ¡Qué bien besa mi tigre!

—Y eso que me has pillado en una hora baja... ¿Has venido a desayunar?

— ¡Claro que no! He venido a pasar el día contigo, eso es todo.

—Suculenta perspectiva. Pero, querida mía, pasa que hoy tengo el día muy ocupado. Claro que, estoy pensando, seguramente, que tú tienes algo mejor que ofrecerme que un día de trabajo.

— ¿Cómo lo has adivinado?

—Hay quien aquí dentro —se tocó Marsh la frente—, tiene una alcachofa, o cualquier fruto parecido. Yo tengo un cerebro supersónico.

— ¡Oh...! ¡Y pensar que pareces tonto!

—Ya ves. Bien: ¿qué me ofreces, Leona rugiente?

—Todo un día de felicidad. Te aseguro que lo pasarás mejor conmigo que de cualquier otra manera. Me gustaría invitarte a mi cubil de invierno. ¿Qué dices a eso?

—Que voy a ponerme el gabán..., si me sueltas, garras de acero.

Leona sonrió, volvió a besarle en los labios, brevemente, y se soltó. Cliffton Marsh sonrió con exquisita amabilidad, fue a por su gabán, y se reunió con la despampanante rubia en el pequeño vestíbulo.

— ¿Vamos en tu coche o en el mío? —inquirió.

—Mejor en el tuyo.

—Eres una tacaña..., pero te comprendo: la gasolina está por las nubes. Bien, vamos al estacionamiento.

—De verdad eres un hombre listo —musitó ella.

—Herencia familiar.

Salieron del apartamento, y poco después llegaban al estacionamiento en el ascensor directo. Cliffton señaló su coche, se acomodaron en él, y lo puso en marcha. Cuando apareció en la calle, miró a todos lados, y luego, desconcertado, a Leona, que sonrió cariñosamente.

— ¿Buscas a alguien? —preguntó.

Cliff movió la cabeza, y apretó los labios, antes de preguntar:

— ¿Hacia dónde vamos?

—Te iré indicando el camino...

Veinticinco minutos más tarde, Leona le indicaba que detuviese el coche delante de un edificio de dos pisos, al parecer destinado a una instalación de saunas finlandesas. Marsh no hizo el menor comentario. Se apeó, rodeó el coche, abrió la portezuela del lado de Leona, y los dos entraron en el edificio. Ella le tomó de una mano, y fue guiándolo por los pasillos. Se cruzaron con algunos hombres que vestían de blanco, una especie de mono. Finalmente, entraron en un cuarto, cuya puerta cerró ella cuidadosamente con llave.

— ¡Caracoles! —sonrió Cliff—. ¡Parece que vamos a amarnos hasta la muerte!

—Desnúdate, amor —pidió Leona.

Cliff frunció el ceño, pero su vacilación fue brevísima. Cuando terminó, ya hacía segundos que ella lo había hecho. Era hermosísima, preciosa, increíble... Y parecía desconcertada. Se acercó a las ropas de él, y comenzó a palparlas, con cuidado.

—Mujer —protestó Cliff—, lo que buscas no está ahí. Lo tengo conmigo: no es de quita y pon.

— ¿No llevas armas? —le miró ella.

—Para una situación como ésta, llevo las armas que necesito.

Leona parpadeó. Luego, señaló la puertecita del fondo, se colocó a un lado, y la abrió. Inmediatamente, al otro lado, el taekwondoka vio el vapor, y le llegó la vaharada de calor húmedo.

—Muy original —sonrió secamente—: entre una cosa y otra voy a quedar chupado. En cuanto a ti, hijita, con este cuerpo lo que menos necesitas es una sauna... ¡Estás muy bien así!

—Pasa —dijo ella.

Marsh abandonó el vestidor, entrando en la sala de baños de vapor. Sí, señor, una auténtica sauna finlandesa, con su calorcito agradable, su olor a fuego de carbón, su vapor a alta temperatura que comenzó a provocar la transpiración en los dos cuerpos casi al instante... Leona había cerrado la puerta. Cliff tomó una gran toalla de un gancho, y se la colocó en el cuello...

—Pase, pase, señor Marsh —oyó la voz hacia el fondo del compartimiento —. Me alegra mucho conocerlo.

—No puedo decir lo mismo —replicó Cliff—, porque no le veo a usted, amigo. ¿Dónde está?

—Estoy seguro de que la compañía de Leona le gustará más que la mía. Y para hablar, esta distancia es suficiente. No sea tan protocolario, hombre, siéntese.

Cliff se sentó sobre unas tablas, y Leona lo hizo a su lado, sonriente. La mirada del taekwondoka iba de un lado a otro, intentando atravesar la nube de vapor. Lo consiguió hasta cierto punto: sólo lo suficiente para ver, por fin, a un hombre, envuelto en una toalla de la cabeza a los pies. Una mano velluda asomaba por entre los pliegues de la toalla. Una mano velluda, grande, con una sortija en el meñique, con una piedra grande como un garbanzo.

— ¿Estamos solos? —murmuró Cliff.

—Naturalmente. ¿Qué esperaba?

—El señor Marsh —intervino Leona— es un hombre inteligente, querido: se ha portado en todo momento con gran sensatez y docilidad. Pero, claro, ahora comprendo que temía que algunos amigos míos estuviesen cerca. ¿No es así, tigre?

— ¿Qué es lo que quieren ustedes? —gruñó Cliff, sudando ya en abundancia.

—De acuerdo —dijo el hombre de la sortija—: Vayamos directos al asunto. Yo, señor Marsh, quiero una libreta..., o algunas de sus páginas. ¿Comprende1?

—No.

—Se lo explicaré..., partiendo de la base de que si menciono el nombre de Hoi Yue usted no se va a hacer el tonto alegando no conocer a ese chino.

—Está bien.

—Gracias. Bueno, resulta que, desde hace unos meses, en cierta ciudad de

Asia, un... pequeño y viejo chino, al que llamaremos Ming, se había dedicado a estudiar cierta fórmula sobre determinado producto de laboratorio al que vamos a llamar... STP, por ejemplo. El viejo Ming recibió determinadas amenazas de ciertos grupos que se oponían a la... creación del STP, pero, no hizo caso, y, al parecer, terminó la fórmula. Temiendo esto, determinadas personas decidieron darle un definitivo escarmiento al viejo Ming, así que fueron a por él, y a por las notas sobre esa fórmula llamada STP. Las cosas se complicaron, el viejo Ming falleció, y la fórmula desapareció. ¿Me sigue usted?

—Sí. ¿Debo entender que Hoi Yue fue quien desapareció, llevándose esa fórmula?

—Excelentes dotes deductivas, señor Marsh. Así fue, en efecto. Naturalmente, Hoi Yue fue objeto de una enconada persecución por parte de determinadas personas...

— ¿Usted está entre esas personas?

—Mmm... Digamos que yo soy una rama del árbol, nada más. Pero déjeme terminar, por favor. Como le decía. Hoi Yue fue objeto de una enconada persecución, pero ignoramos cómo, pudo escapar de Asia. No se puede usted imaginar, señor Marsh, la de problemas que ha estado creando Hoi Yue. Es... era un hombre increíblemente escurridizo, inteligente, astuto... Pero digamos que el árbol al que pertenezco es demasiado grande para que Hoi Yue pudiese escapar de su sombra. Así que, finalmente, Hoi Yue fue localizado en Atenas. A partir de ese momento, pudimos matarlo sin dificultad de ninguna clase, pero, nosotros tampoco somos tontos, así que pensamos que quizá Hoi Yue no llevaba encima la fórmula del STP...

— ¿Escritas en una libreta?

—Puede ser una libreta, simples papeles, microfotos... Hay muchos medios para tomar constancia de una fórmula. Nosotros, creo que con buen criterio, pensamos que Hoi Yue ya no tenía la fórmula, de modo que le fuimos dando cuerda. Evidentemente, él se dirigía a alguna parte, y nosotros le dejamos. Si había enviado la fórmula a alguien, o bien se la había enviado a sí mismo a un hotel o una casa particular, o un apartado de Correos, lo mejor era permitir que Hoi Yue nos llevase personalmente hasta la fórmula. No voy a cansarle con detalles. Finalmente, Hoi Yue llegó a Londres, es decir, al aeropuerto, y allá, para satisfacción nuestra, hizo una llamada telefónica, de donde dedujimos que nuestra teoría se estaba cumpliendo. Sólo teníamos que continuar siguiendo a Hoi Yue, y habríamos llegado hasta la fórmula STP. Pero...

— ¿Pero...?

—Pero, evidentemente, Hoi Yue sabía muy bien que estaba siendo vigilado, y, puesto que, también evidentemente, había llegado a su destino, decidió... prescindir de nuestra vigilancia. Hasta entonces ¡a había tolerado, porque sabía que nada íbamos a conseguir. Pero, claro, puesto que Londres era su punto de destino, ya no le interesaba llevar tras él a otras personas. Así que echó a correr.

—Y ustedes le dispararon por la espalda.

—Señor Marsh, desde anoche nos hemos estado interesando por usted, y sabemos que es un hombre inteligente, con un buen futuro. Sabemos también que es doctor en Ciencias Químicas..., lo que encaja perfecta- mente con el asunto, y con la personalidad de Ming y del propio Hoi Yue, que era uno de los ayudantes de Ming. Está claro que Hoi Yue pensaba entregarle a usted la fórmula STP, y supongo que para usted ya está también muy claro que esa fórmula la queríamos nosotros. Por lo tanto, ante el riesgo de que Hoi Yue escapase, mis hombres, en efecto, le dispararon. Fueron consecuentes con la situación, pero, lamentablemente, pese a que le quitaron a Hoi Yue todo lo que llevaba gen los bolsillos, la STP no apareció.

—Yo no la tengo.

—Vamos, vamos, señor Marsh... ¿No fue a usted a quien llamó por teléfono Hoi Yue, desde el aeropuerto?

—Sí. Pero cuando llegué, ya estaba muerto..., y sus bolsillos vacíos, como bien sabe usted.

— ¡Oh, sí! Bueno, como entonces nosotros no teníamos el gusto de conocerle, pensamos que quizá obtendríamos algo apostándonos delante del Depósito de Cadáveres. En la calle, en un coche, estaban tres de mis hombres..., a los que usted, de modo en verdad... des- concertante, venció, sin utilizar arma alguna. ¿Cómo consiguió eso, señor Marsh?

—Les di unas cuantas coces. Mire, señor... señor...

—Llámeme Darling —rio amablemente el hombre de la sortija envuelto en la toalla—. ¿Sabe que uno de mis hombres murió cuando usted lo agredió con el coche?

—Yo no le agredí. Sólo quise asustarlo, pero él no podía saber esto, y cuando quiso esquivar el coche, lo que hizo fue ponerse en el camino, precisamente.

— ¡Ah, entiendo! Bien, mala suerte. Pero ese problema fue ya resuelto. ¿Sabe cómo y por quién, señor Marsh?

—No.

—Por Leona. Ella dio órdenes a los otros dos hombres, y, en su coche, le siguió a usted. Por eso, a estas alturas sabemos quién y qué es usted: hemos dedicado la noche y las primeras horas de la mañana a ello, señor Marsh. Y otra cosa: en estos momentos, la chinita que en principio llamó la atención de mis hombres está siendo seguida... ¿Lo sabía usted?

—No —musitó Cliff, tenso.

—No se preocupe por ella... A menos, claro, que esa chinita pueda servirnos de algo. ¿Usted qué cree?

—No lo sé.

— ¿No lo sabe? ¿No sabe nada de ella? Eso es muy raro, considerando que han pasado la noche juntos. Eso invita mucho a las confidencias, ¿no le parece?

—No hemos estado hablando mucho, precisamente.

—Entiendo —se oyó la risa de Darling—. Bueno, en realidad la chinita no nos importa demasiado, porque creemos que es usted quien tiene que saber algo del paradero de esa fórmula. ¿Es así, señor Marsh?

—No.

—Está usted poniendo las cosas difíciles. Anoche, Leona y mis hombres, en dos coches, vigilaban la llegada de alguien... interesante al Depósito de Cadáveres. Fallaron con la chinita, debido a que usted intervino. Pero ahora, señor Marsh, tanto la chinita como usted están en apuros, ¿no lo comprende? Quiero saber quién es ella, qué relación tenía con Hoi Yue, y cuál relación anterior le unía a usted.

—Ninguna. Ella era amiga de Hoi Yue, y leyó la noticia de un chino muerto en el aeropuerto. Como quiera que esperara a Yue, y éste no la llamó, pensó que podía ser él, y fue a identificarlo. Eso es todo: la chinita no sabe nada de todo esto. Es vendedora de perfumes y cosméticos en general a domicilio, nada más.

— ¿De veras? Bueno, en ese caso no tiene nada que temer de nosotros. Aunque, sinceramente, se me está ocurriendo que podemos utilizarla para convencerle a usted de que sea sincero... ¿Me comprende?

—Sí. Pero no tengo esa fórmula.

—Me disgusta que no quiera usted cooperar, señor Marsh.

—Le digo que no la tengo. Ni siquiera sé en qué consiste, o para qué sirve.

— ¡Ah!, eso es... muy delicado, y, si realmente no sabe nada de ella, mejor está así. Pero, francamente, creo que está usted mintiendo.

—No.

—Señor Marsh, en principio, pensé en enviarle a Leona para intimar con usted a fondo, y engañarlo. Pero después de una noche pasada con tan bella chinita, y contando ahora, además, con que su inteligencia se rebelaría ante semejante... chapuza, vamos a dejar tranquila a Leona, y recurriremos a Pei Ching: ella lo va a pasar mal si usted no colabora.

—Le digo que no tengo esa fórmula —gruñó Cliff, sudando a mares, ya.

Hubo unos segundos de silencio. Cliff veía ahora perfectamente a Darling. Es decir, veía un hombre envuelto en una gran toalla, algo así como un fantasma clásico, eso era todo. Lo que sí veía perfectamente era la mano de la sortija... Pero, de pronto, aquella mano desapareció, para reaparecer casi en seguida, con un objeto metálico en ella. La tensión súbita de Cliff desapareció también súbitamente, al distinguir que aquel objeto metálico no era una pistola.

Era una radio de bolsillo, que Darling utilizó.

— ¿Granger?

No hubo respuesta. Darling, simplemente, esperó. Cliff miró a Leona, y sonrió ceñudamente al ver su cuerpo cubierto de sudor. Ella captó su mirada, y también sonrió.

—Si quieres, puedes secarme —ofreció.

—La toalla también está empapada —replicó él.

—Con las manos, tonto —rio Leona.

En aquel momento sonó un zumbidito en el compartimiento, y en seguida se oyó la voz de Darling:

— ¿Qué pasa, Granger? ¿Por qué no has contestado a mi llamada?

—No podía en ese momento, señor —sonó la voz metálica de otro hombre.

—Está bien, está bien. Bueno, traed a la china.

—Mmm... Bueno, señor...

— ¿Qué ocurre?

—La hemos perdido. Ha sido en el Metro... Ella entró, nosotros fuimos detrás, tomó uno de los trenes... Lo siento de veras. Hay tanta gente que...

—Sois un par de idiotas. Anoche matan a Tang delante de vuestras narices, y ahora se os escapa una muchacha... Está bien. Tú y Sing esperadme donde ya sabéis. Eso es todo.

La pequeña radio desapareció bajo los pliegues de la toalla, y la mano con la sortija volvió a aparecer, sujetando los bordes.

Cliffton Marsh dio una palmadita amable en uso de los pujantes senos de Leona, y se puso en pie.

—Bueno —sonrió, secamente—, parece que la situación no es tal mala para mí, después de todo, ¿verdad? Aclaradas algunas cosas, voy a permitirme tomar la iniciativa, a fin de...

—No sea estúpido, señor Marsh. Su situación es mucho más comprometida de lo que cree. Es cierto que he perdido la oportunidad de presionarle utilizando a esa muchacha china, pero no es el fin de mis posibilidades, ni mucho menos. ¿Verdad, Leona?

—Verdad —dijo la rubia.

Se puso en pie, y su mano derecha apareció, provista de un cuchillo, que colocó con la punta casi perforando la piel del vientre de Cliffton, que quedó como petrificado.

—Leona es una experta en matar —explicó Darling—. Como es tan bonita y delicada, nadie desconfía de ella, motivo por el que siempre consigue sus objetivos. ¡No podría decirle lo muy útil que me resulta Leona, señor Marsh!

—Lo imagino —murmuró Cliff.

—Entonces, sea sensato. Sólo tiene que facilitarme el modo de conseguir la STP, y asunto terminado. No me interesa su muerte, señor Marsh. Ni su vida. Me es usted indiferente hasta donde no puede imaginarse, así que puedo dejarle con vida sin ninguna preocupación.

Eso, a cambio de la STP. De lo contrario, Leona lo va a matar..., y se quedará aquí, hasta que alguien encuentre su cuerpo deshidratado y desangrado. Feo porvenir, ¿no está de acuerdo?

—Creí que esta sauna era de usted.

— ¡Tonterías! Vamos, vamos, señor Marsh... Simplemente, he venido a

tomar un baño de vapor. Dentro de unos segundos, cuando usted haya muerto, Leona me dará unos amables azotes con las ramitas de abedul, nos ducharemos, nos vestiremos, y nos iremos de este lugar. ¡Adiós, hasta nunca! ¿Comprende?

—Sí.

—Bien.., ¿o quizá prefiere vivir?

Cliffton Marsh pareció sumirse en hondas meditaciones, antes de decir:

—Decididamente, prefiero vivir.

—En ese cas...

Las palabras de Darling se convirtieron en un grito de alarma cuando Cliffton Marsh pasó al ataque. Y lo hizo con una velocidad tal que Leona no pudo hacer nada; ni siquiera respingar. Cliff dio un saltito hacia atrás, alejándose del cuchillo, y al mismo tiempo adelantando sus manos, que asieron la muñeca de Leona. Y antes de que ésta pudiese tan siquiera abrir la boca, el taekwondoka tiró de ella, fortísimamente, apartándose...

La hermosa rubia pasó a toda velocidad junto a él, ahora gritando ahogadamente, y fue a dar de cara contra la pared, en un choque tremendo, que aplastó sus facciones y sus senos, para rebotar y caer de espaldas.

Mientras tanto, Cliffton Marsh había iniciado el gesto para saltar hacia Darling, pero éste demostró que, en efecto, disponía de más recursos de los calculados por Cliff. Algo reluciente apareció por entre los pliegues de la toalla. Era una bolsa de plástico. O parecía una bol- sa de plástico...

Plop, chascó el disparo, ahogado.

La bolsa de plástico pareció llenarse de luz roja, y explotó. La bala pasó con fuerte restallido rozando una oreja de Cliff, que lanzó un respingo; su pensamiento, más rápido que la luz, comprendió que en todo momento Darling había tenido la pistola en la mano, dentro de una bolsa de plástico, para evitarle la humedad al arma... Y su cuerpo fue casi tan veloz como su pensamiento, en un salto lateral, hacia la puerta.

Plop.

La boca de Marsh se abrió, en un gesto de dolor, pero el grito no llegó a brotar. Alargó la mano izquierda, asió el pomo de la puerta y tiró de él, al mismo tiempo que, con la derecha, tiraba la toalla, pesada por la humedad, hacia Darling.

Plop.

La toalla pareció chocar contra un invisible cristal, se detuvo, y cayó al suelo, mientras Darling, sobresaltado, se echaba a un lado al tiempo que disparaba. La toalla de Darling se desprendió de su cuerpo, de su cabeza..., pero ya Cliff ton Marsh había perdido la oportunidad de ver a aquel hombre, porque había abandonado el compartimiento de vapor para pasar velozmente al vestidor. Tan velozmente, que se encontró en la puerta de éste, lejos de sus ropas, con la mano en el pomo. Miró hacia sus ropas, vaciló... En el compartimiento de vapor oyó la maldición, y el jadeo acercándose...

Cliffton Marsh abrió la puerta del vestidor, y salió al pasillo, completamente desnudo, echando a correr hacia la salida. Estaba a mitad del pasillo cuando, de uno de los vestidores, salió un empleado de la sauna, cargado con unas cuantas toallas, y sonriendo... Cerró aquella puerta, se dispuso a continuar con su reparto de toallas, y vio venir al atleta rubio, lanzado como un bólido.

— ¡Oiga...! —exclamó el hombre.

Cliff Marsh pasó por su lado como una exhalación, empujándole con un hombro y arrebatándole unas cuantas toallas de un manotazo, de pasada. Todas saltaron por el aire, menos una, que el taekwondoka utilizó para envolverse, sin dejar de correr. En pocos segundos apareció en la calle, originando un ataque colectivo de pasmo. Echó a correr hacia su coche..., en tanto veía a los dos hombres que se apeaban de otro precipitadamente, y que le señalaban... Sí, señor: el tal

Darling había organizado muy a su conveniencia la entrevista, no cabía duda de ello...

¡Chack, chack, chack!, restallaron las balas alrededor de Cliff, mientras corría hacia el coche. Consiguió llegar a éste, se sentó ante el volante, y su desorbitada mirada fue hacia el lugar donde tenían que estar las llaves... Y estaban. Puso el motor en marcha, volviendo la cabeza hacia el otro coche, hacia los dos hombres... Pero algo le distrajo la atención: de la sauna salían Darling y Leona, él envuelto completamente en una toalla, gritando, atrayendo la atención de sus dos asesinos; ella, completamente desnuda, con la cara y el pecho manchados de sangre.

La situación habría resultado en verdad cómica si no hubiesen habido armas de por medio, ciertamente. Pero como las había, Cliff decidió esperar a otro momento para reír. El motor de su coche rugió cuando hundió el pie hasta el, fondo presionando el pedal del gas. El auto saltó, chocó con el de delante, desplazándolo un poco; marcha atrás, frenéticamente; y de nuevo hacia delante...

Cuando se alejaba de allí a toda velocidad, Cliffton Marsh todavía pudo ver, por el retrovisor, a Darling y a Leona corriendo hacia su coche, y a los dos pistoleros plantados en el centro de la calle, como pasmarotes...

CAPITULO V

Kyo Paek, el director técnico del Paeks Won, se quedó con la boca abierta cuando abrió la puerta de su apartamento, habilitado encima del local donde tenían instalado el gimnasio, su Won para la enseñanza del Tae Kwon Do en Londres, concretamente en Wharfdale Road, frente a la Estación de Kings Croos y cerca de Regents Canal, en Pentonville.

— ¡Señor Marsh! —pudo exclamar.

—Buenos días, señor Paek. ¿Me permite entrar?

—Naturalmente... Sí, naturalmente.

El británico entró, envuelto en la toalla. Esperó a que el coreano cerrase la puerta, y entonces sonrió, con pretendido buen humor.

—Espero que no le asusten los fantasmas, señor Pfl6k

—Claro que no... —el maestro de Tae Kwon Do no salía de su asombro—. ¿Qué le ha ocurrido?

—Sería muy largo de explicar. Por el momento, me he permitido dejar el coche detrás del Won, y subir a su retiro privado en busca de ayuda.

Kyo Paek parpadeó. Por supuesto, estaba asombrado, desconcertado, pero una cosa sí sabía segura: el señor Marsh era uno de sus más asiduos socios, se entrenaba con regularidad, asimilaba todo perfectamente, como si alguien le hubiese... revelado algún secreto extraño para comprender el Tae Kwon Do de dentro afuera, no sólo exteriormente, y, por encima de todo, incluso de su Tercer Dan, el señor Marsh había dado siempre pruebas de sentido común, cortesía y seriedad. Cuando se tienen casi sesenta años, y se lleva más de veinte enseñando Tae Kwon Do con el respaldo de un muy merecido Quinto Dan, se está en óptimas condiciones para saber juzgar a las personas.

—Cuente conmigo para lo que sea, señor Marsh. ¿Se encuentra bien?

—Me temo que tengo un pequeño agujero.

Cliff se desprendió de la toalla, una de cuyas esquinas había estado apretando contra el orificio de la primera bala disparada por Darling. Doble orificio, mejor dicho, ya que la bala había atravesado limpiamente su costado izquierdo, por debajo del borde exterior de las costillas. Kyo Paek se quedó mirando la herida, y luego, miró lentamente a Cliff.

—Sí —musitó éste—: Es una herida de bala.

—Son las más fáciles de curar —sonrió el coreano—, porque son limpias, perfectas, bien diferentes a las que se ocasionan por cuchilladas, o roturas de huesos... Puedo ocuparme de ella si lo desea, señor Marsh.

—Se lo agradeceré. Supongo que lo menos que espera usted, a cambio, es una explicación, con la cual le aclare el porqué de esta herida.

El coreano encogió los hombros.

—Un hombre que ha entendido las Artes Marciales como usted es como cristal para mí, señor Marsh, Puede darme, o no, esa explicación: mi actitud hacia usted será la misma. Aunque... Para ser sincero, no es usted cristal del todo para mí. Cuando se presentó en mi humilde Won para practicar bajo mi dirección, llegaba usted... mentalizado de un modo..., extraordinario al respecto. Su actitud mental no es propia de su edad, a menos que alguien le hubiese proporcionado con gran sabiduría la comprensión de nuestro modo de vivir. Estuvo usted anteriormente en contacto con un gran Maestro de Artes Marciales, ¿no es así?

—Sí.

—Bien... Lo sabía, pero, por fin, me he asegurado de ello. Sólo espero que mis pobres enseñanzas no le hayan parecido ridículas al compararlas con las de su Maestro originario.

—Mi Maestro originario, señor Paek, fue quien me recomendó que asistiese a su Won.

— ¿El me conoce a mí? —se sorprendió Kyo Paek.

—Por supuesto. De otro modo, no me lo habría recomendado calurosamente.

—Mmmm... Envíe usted mi agradecimiento a su Maestro originario, señor Marsh. Y ahora, veamos qué puedo hacer...

Kyo Paek no era médico, ciertamente, pero su habilidad, que habría desconcertado a muchos, no sorprendió a Cliff, que la aceptó con naturalidad. Sí, ciertamente, Sensei desde su restiro en el florido ryokan cerca de Tokio, sabía muy bien qué maestros de Artes Marciales debían proseguir su labor con sus alumnos preferidos.

Ya vendado el torso, Cliff procedió a explicar a Kyo Paek lo que estaba ocurriendo. Ni un momento se alteró el rostro del coreano, que escuchaba impávido.

—...Y ahora me encuentro desnudo, sin dinero, sin documentación,

amenazado de muerte por Darling, y su gente. Y sin duda alguna, la policía debe estar ya en mi apartamento. Han debido encontrar mi documentación en mis ropas, y, claro está, querrán una explicación sobre lo sucedido en la sauna.

—Es una situación molesta, desde luego —asintió Paek—: Quizá sería mejor sincerarse con la policía.

—Esperaba otra ayuda por parte de usted.

—Si así lo prefiere, cuente con lo que sea.

—Bueno... Ante todo, me gustaría saber con certeza si la policía está en mi apartamento, así que usted podría... ir allí, para cerciorarse. Sólo a mirar, sin comprometerse, desde luego.

—Bien. ¿Y si no está?

— ¡Ah!, esa sería la parte útil de su viaje —sonrió Cliff—, Verá usted... En mi piso hay sólo dos apartamentos. La persona que ocupa el otro es una muchacha llamada Sagrario Vargas, española, que... debe estar un poco enfadada conmigo. Sin embargo, es posible que accediese a hacernos el favor de permitirnos utilizar su apartamento. Quiero decir que usted podría pasar al mío desde su terraza, y traerme algo de ropa. Si la señorita Vargas desconfiase de usted, puede decirle que me llame aquí, y yo le diré lo que convenga. Pero si ve usted algo inquietante, no se complique la vida, ya ha hecho bastante.

Un destello irónico pasó por los ojos negrísimos del coreano.

—Tendré en cuenta todo lo que me ha dicho. Supongo que sería conveniente que fuese allá cuanto antes, ¿no?

—Cuanto más pronto vaya, menos riesgo de encontrar allí a la policía.

—En ese caso, salgo ahora mismo, señor Marsh.

* * *

Kyo Paek entró en su casa, y depositó un paquete con ropas delante de Cliffton Marsh, que sonrió entre aliviado y divertido, pensando en lo que habría dicho Sagrario Vargas.

—Gracias, señor Paek... ¿Ha puesto muchos inconvenientes, la señorita Vargas?

—Ninguno. No estaba.

— ¿Cómo que no estaba? —parpadeó Cliff—. Debía estar allí, porque está

montando su apartamento. No empieza a dar clases de español hasta después de Año Nuevo... Un momento: ¿cómo ha entrado usted en mi apartamento, si no ha sido saltando a mi terraza desde la de la señorita Vargas?

—La puerta del apartamento de la señorita Vargas estaba abierta.

— ¿Cómo, abierta? —respingó Marsh.

—Abierta. Entornada, pero abierta... Después de asegurarme de que la policía aún no había llegado, fui a llamar a la puerta de la señorita, y vi entonces que estaba entornada. De todos modos, llamé al timbre. Luego, ,1a llamé a ella. Finalmente, entré en el apartamento. Ella no estaba allí. V considerando la situación de usted me pareció que no era demasiado malo por mi parte saltar de una terraza a otra, recoger sus cosas, y marcharme... Cuando estaba de vuelta al apartamento de la señorita Vargas vi este sobre encima de la cama,

El coreano tendió un sobre el desconcertado Cliff, que lo tomó, lo miró, y, de pronto, sonrió, todavía desconcertado, pero no ya inquieto, sino más bien, por fin, divertido. En el sobre cerrado, constaba solamente su nombre: Cliffton Marsh.

—Tiene una letra muy recia miss Vargas, ¿verdad? —murmuró Cliff.

—No había reparado en ello.

El taekwondoka abrió el sobre, extrajo la misiva, y, apenas comenzar a leerla, palideció.

Decía:

“¿Tiene algo que ofrecer, a cambio de la vida de la señorita Vargas? Estamos seguros de que sí. Piénselo bien, porque pronto nos pondremos en contacto con usted.”

En silencio, Cliff tendió la nota a Kyo Paek, que la leyó sin inmutarse en absoluto. Al menos, visiblemente. Pero movió la cabeza con preocupación al devolver el papel a Cliff.

—Mal asunto... —murmuró—. Cuando las cosas se llevan a estos extremos, casi nunca terminan bien. Siento decirlo, señor Marsh, pero así lo pienso... V lo más lamentable de todo esto es que esa pobre chica española no tiene nada que ver con esto.

—Los voy a hacer pedazos —jadeó, de pronto, Cliff—. ¡Los voy a destrozar a golpes como si fuesen..., como si fuesen ratas!

—Es peligroso golpear a las ratas —sonrió desganadamente Kyo Paek—, porque seguramente recibiremos alguna que otra dentellada... A menos que seamos lo bastante rápidos para retirar el pie a tiempo.

— ¿Cree usted que yo lo soy?

—Espero que sí. De todos modos, no sería ninguna deshonra aceptar alguna ayuda, señor Marsh.

—Se lo agradezco —murmuró Cliff—, pero no quiero complicarle la vida a usted. Sin embargo, esto ha servido para demostrarme ya sin lugar a dudas que Sensei supo elegir bien cuando me recomendó a usted. Gracias por todo, señor Paek.

—Me gustaría poder hacer algo más. Mire, señor Marsh, yo sé muy bien lo que puede conseguir un hombre entrenado como usted, pero al mismo tiempo, usted sabe que cuando hay pistolas de por medio...

—No hay pistolas al sitio adónde voy a ir, ahora —murmuró Cliff—: Al menos, eso espero. Hasta la vista, señor Paek. Y de nuevo gracias por todo.

Había terminado de vestirse, y, con un gesto, se despidió de su segundo Maestro.

Abandonó la vivienda de éste, fue adonde había dejado el coche, y partió.

Apenas veinte minutos más tarde, entraba en el Green Park Hotel, donde le informaron de que, en efecto, la señorita Ching había alquilado una habitación... Sí, debía estar en ella, porque la llave estaba en su casillero. ¿Habitación?: la 315.

Segundos más tarde, Cliffton Marsh estaba llamando a esta puerta. Como transcurrieran algunos segundos sin obtener respuesta, sonrió, y acercó la boca a la juntura de la puerta.

—Soy yo, Pei.

La puerta se abrió al instante, dejando visible a Pei, que tenías los ojos muy abiertos. Inmediatamente de entrar Cliff, se abrazó a él, y acto seguido le ofreció la redonda boquita de labios carnosos y frescos...

—Toda una cariñosa bienvenida —sonrió Cliff, después del beso—: ¿Sabes que han secuestrado a mi novia?

— ¡Oh!

—En realidad, no es mi novia —frunció el ceño Cliff—. Cuando te lo dije, fue una pequeña broma sin importancia, Pei.

—Eso quiere decir —exclamó la bellísima chinita—, que tu novia soy yo. ¡Me había entristecido tanto...! ¿Qué..., qué estás haciendo...?

—Te acaricio —sonrió él, terminando de pasar las manos por las delicadas formas femeninas—. ¿Te diste cuenta de que esta mañana te siguieron dos hombres cuando saliste de mi apartamento?

— ¡Oh, no!

—Sí. Pero los despistaste en el Metro.

— ¡Menos mal! ¿Quiénes eran?

—Dos de los que mataron a Hoi Yue.

— ¡Cliff...! —palideció Pei.

—Tranquilízate, puesto que los has despistado.

—Sí... Pero..., no comprendo... ¿Son ellos los que han secuestrado a... a tu novia?

Cliffton Marsh se quedó mirando fijamente a Pei Ching. Luego, contempló su puño derecho, muy pensativo. De nuevo miró a Pei.

—Anoche me viste luchar... —murmuró—. No fue gran cosa, Pei. Quizá comprenderás mejor mis posibilidades si te digo que con un puñetazo puedo perforar un tabique. Sin trucos de ninguna clase, se entiende. Empecé a hacer judo a los catorce años. A los dieciocho era cinturón negro, y entonces comencé a practicar karate. A los veintiuno, era cinturón negro de karate. Entonces, me gustó el Tae Kwon Do, por su... agilidad por su alegría de movimientos. Ahora, soy Tercer Dan de Tae Kwon Do también... Pei: no me obligues...

—¿Qué... qué quieres decir?

—La única persona a la que yo gasté la estúpida bromita de decirle que Sagrario Vargas era mi novia, fuiste tú. Por lo tanto, eres la única persona que pudo dar a otros la idea de... someterme utilizando a miss Vargas. No sin sorpresa, he llegado a la conclusión de que la libreta de Hoi Yue la desean no un solo grupo, sino dos. Por un lado, un tipo llamado Darling, una rubia llamada Leona, y gentuza del montón. Por otro lado, estás tú, Pei. Tú y alguien más, claro. ¿Quién más? ¿Dónde está esa otra persona o grupo,.., y dónde tenéis a la señorita Vargas?

—Eres fantástico —sonrió la chinita.

—Pei —cerró el puño Cliff—, te juro que no deseo hacerlo, pero...

—No, no. ¡Pero si no vas a necesitarlo, querido...! Tengo la intención de decirte dónde puedes recoger a la señorita Vargas, naturalmente. A cambio de las notas que traía Hoi Yue, se entiende.

—Sí, se entiende.

— ¿Tienes la libreta?

—Sabes que no. Pero la tendré más tarde.

— ¡Oh!

—Para ser sincero contigo, anoche mismo me pareciste... demasiado encantadora, Pei. Pero hacía demasiadas preguntas, incluso sobre mi Maestro. Preguntabas demasiado, sí, y yo decidí seguir la corriente. Si eras lo que decías, no habrías pasado nada, salvo una noche agradable. Si no lo eras, lo mejor era guardar silencio.

— ¿Querrás creerme si te digo, Cliff, que de verdad me pareciste bastante tonto? ¡Y no lo eres en absoluto, querido!

—Gracias. Bien, las cosas están claras: es mentira que Hoi Yue te telegrafiase desde París; es mentira que fueseis amigos desde hacía años... Es mentira todo, excepto que tú también fuiste, anoche, al Depósito de Cadáveres, como cebo, a ver si alguien se ponía en contacto contigo de algún modo al haberte interesado por Hoi Yue.

—Y lo habría pasado muy mal de no ser por ti, en efecto —asintió Pei Ching—. Sí, al parecer, hay otras personas también interesadas en conseguir las notas que traía Hoi Yue.

—Por el momento, esa gente está fuera de órbita. Nosotros estamos en plena órbita, así que resolvamos la situación: te entregaré la libreta a cambio de miss Vargas.

—Trato hecho, por supuesto. ¿Cuándo tendrás la libreta?

Cliff ton Marsh miró su reloj, con gesto muy convincente. Era mentira que fuese a tener la libreta, naturalmente, pero tenía que ganar tiempo fuese como fuese.

—Calculo que hacia las seis de la tarde.

— ¿Por qué conducto llegará a ti?

—Eso no es de tu incumbencia.

— ¿Te parece que no somos capaces de matar a miss Vargas?

—Tengo la certeza de que lo haríais. No estoy jugando, Pei.

—Está bien. Te diré lo que vamos a hacer: cuando tengas la libreta, me llamas aquí, y entonces te diré cómo y dónde se efectuará el cambio. ¿Estás de acuerdo?

—Sí.

—Estupendo. Bueno..., ¿se te ocurre algún modo agradable de entretener la espera, querido?

—Sin duda alguna. Pero si me quedo aquí, no recibiré la libreta... Tengo que ir a por ella, y esperar.

—¡Qué desilusión...!

Por un instante, los labios de Cliffton Marsh se apretaron como un cepo, pero acabó por sonreír.

—Sí, una desilusión terrible, pero así es la vida. Te llamaré en cuanto tenga la libreta, Pei.

Dos minutos más tarde, se alejaba en su coche del hotel, pensando en Sagrario Vargas. Así es la vida, en efecto: un tipo tranquilo como él se la pasa estudiando, y de pronto, ¡zas!, algo ocurre que lo complica todo, incluso con tres mujeres a cuál más bonita. Se estremeció al recordar a la asesina llamada Leona, apretó de nuevo los labios al pensar en Pei..., y se sintió terriblemente inquieto al recordar a Sagrario Vargas y la situación en que se hallaba la muchacha, por su culpa.

Está visto que tener sentido del humor puede tener malas consecuencias, a veces.

¿Por qué demonios había tenido que decir que miss Vargas era su novia?

CAPITULO VI

A las seis menos diez de la tarde, llamó Pei Ching al hotel. Es decir, a las seis menos diez de la noche, pues ya hacía rato que había oscurecido. Lloviznaba, claro. El ambiente, pese a todo, era agradable, debido a la proximidad de las Navidades. Unas Navidades que no se presentaban blancas, sino muy negras... Por supuesto, no tenía la libreta de Hoi Yue, pero llamó.

—Pei, soy yo. Ya la tengo.

—Seguro, claro que sí.

—¿...?

—¿Qué contiene? Símbolos químicos, y anotaciones en chino que, por supuesto, no he entendido.

—¿...?

—Escucha, ya te dije que no era de tu incumbencia cómo había de llegar a mis manos. Y te diré otra cosa: tengo la certeza de que estas fórmulas estarían mejor en manos de la policía, y estoy tentado de entregárselas, pese a esa pobre chica española. Así que no tires demasiado de la cuerda. ¿Hay trato o no?

—¿...?

—De acuerdo. Ahora dime adónde debo ir.

—¿...?

—No seas estúpida —gruñó—: no he usado armas de fuego en mi vida. ¿Dónde vamos a hacer el cambio?

—¿...?

—Sí, sé dónde está eso, desde luego.

—¿...?

—Sí... Sí, sí, sí... De acuerdo... ¿Hora?

—¿...?

—Está bien. Adiós.

Colgó, salió de la cabina, y miró alrededor. No, nadie le vigilaba, estaba seguro de ello, porque había dedicado el día a recorrer los más disparatados

trayectos por Londres. Esto, por supuesto, conociendo Londres como la palma de su mano. Lo conocía tan bien, que había sentido un estremecimiento al oír el lugar donde debía ir para recoger a Sagrario Vargas...

* * *

Había dejado el coche arriba, por supuesto. Y ahora, con las manos en los bolsillos, baja la cabeza, caminaba por el estrecho paseo inferior junto a la orilla izquierda del Támesis.*Las aguas bajaban negras, en silencio. Por todas partes se veían luces deslizándose, y se oía el rumor de motores de diferentes potencias. Frente a él en primer término, docenas de coches iban pasando por Battersea Bridge...

Miró su reloj. Faltaban tres minutos para la hora fijada.

Se quedó inmóvil, siempre con las manos en los bolsillos, protegiéndolas del frío. Una neblina ligera flotaba sobre el río. Por fin, sacó las manos de los bolsillos, y se las miró. Acabó por mover la cabeza y volver a protegerlas.

Casi cinco minutos más tarde, un feo lanchón de pesca se detenía junto al paseo, parado el motor hacía rato. Ni siquiera lo había oído llegar. Un hombre saltó a tierra, y anudó un cabo a uno de los postes verticales. Luego, miró a Cliff.

— ¿Señor Marsh?

—Sí.

—Suba a bordo. Le están esperando.

—No —negó Cliff—, Quiero hacer el cambio aquí, cuando la señorita Vargas esté a mi lado ya.

—Las cosas no se harán así: suba a bordo.

En realidad, Cliff no se había hecho grandes ilusiones al respecto, y comprobar que había acertado le deprimió. Quizá, incluso, habían matado a Sagrario Vargas...

—No habrá cambio si la señorita Vargas no desembarca.

—Es usted muy terco, señor Marsh. Suba a bordo.

— ¡Adiós! —gruñó Cliff.

Dio media vuelta, y comenzó a caminar hacia el tramo de resbaladizos peldaños de piedra que comunicaban el paseo inferior con el superior... Entonces vio a los tres hombres, que bajaban lentamente aquel tramo. Estuvo

mirándolos unos segundos. Cuando se volvió a mirar al hombre de la lancha, vio que junto a él había ya otros tres. Se quedó inmóvil.

—Nos han dicho, señor Marsh —habló el otro con tono desenvuelto, casi simpático—, que es usted un budoka. ¿Es cierto?

—Sí.

—Bueno.., ¿qué le parece? —el hombre se frotó alegremente las manos—. Nosotros también lo somos. ¿Se entrena a menudo?

—Sí.

—Nosotros también... Pero, señor March, usted ya sabe lo que ocurre con estas cosas: en ocasiones, incluso nosotros mismos, los budokas, creemos que son... fantasías. A fin de cuentas uno no sabe realmente si sus conocimientos son efectivos hasta que los pone de verdad en práctica, ¿no está de acuerdo?

—Sí.

—Entonces, elija: o sube a bordo, o va usted a comprobar sus conocimientos frente a otros budokas.

—Ustedes no son budokas —dijo, desdeñosamente, Cliff—. Son simples golfos.

—No debería ser tan descortés, señor Marsh. Puesto que aprendió Judo, sin duda recuerda usted su doctrina básica la cortesía es la principal regla del Judo. ¿O la ha olvidado?

—No he olvidado nada de lo que aprendí. Por eso digo que ustedes no son más que rufianes. Sucia escorio del Budo.

—Me parece que lo más sucio que hay aquí es su lengua, señor Marsh. ¿No quiere subir a bordo?

Cliffton Marsh sacó las manos de los bolsillos, por fin.

—No.

—Como guste. Lo subiremos nosotros... Quiero decir que subiremos lo -que quede de usted, se entiende.

El hombre dio una voz, en chino, y se adelantó hacia Cliff, que pudo ver entonces bien sus facciones orientales. Los tres hombres que le acompañaban también comenzaron a acercarse. Cliff volvió la cabeza, y comprobó que los otros tres terminaban de bajar al paseo inferior.

Ya no hubo más palabras.

El primero en atacar fue, precisamente, el hombre chino que tanto había hablado: saltó en el aire, lanzando un agudo Kiai, blandiendo sus puños semicerrados, crispados, y lanzando un trallazo con el derecho cuando pasó como una bala junto a Cliff, que efectuó una parada alta, se desplazó siguiendo la marcha del chino, y cuando éste cayó de pie al suelo, lo asió con ambas manos por la ropa, lo desequilibró hacia su espalda, incrustó la cadera derecha en su vientre, y disparó la pierna derecha, al mismo tiempo que bajaba la cabeza y tiraba de sus brazos...

— ¡Oooeééeee...! —chilló el chino en el aire.

Un instante después, se estrellaba de cabeza contra la pared de piedra, impulsado por el escalofriante uchi mata de judo. De allí cayó al suelo, y ya no se movió. Tres hombres estaban ya en el aire en dirección a Cliff Marsh. Sus patadas silbaban en el aire, como secos chasquidos, como latigazos. Cliff desvió la marcha de uno con el brazo izquierdo, esquivó al segundo con veloz desplazamiento, y recibió en pleno pecho la doble patada del tercero. Cayó de espaldas, y se deslizó un par de metros, con la sensación de que ya no tenía pecho, sino un tremendo agujero que era todo dolor. En otra parte de su cuerpo notó unía especie de lanzazo caliente, y comprendió en el acto: la herida de bala se había abierto.

Se sentó en el suelo, y sacudió la cabeza... Como en lejano sueño, vislumbró una pierna moviéndose, y por automatismo alzó el brazo derecho, parando la patada. Simultáneamente disparó su puño derecho, con la peor intención del mundo, hacia los testículos del hombre que había quedado tambaleante ante él. El hombre lanzó un berrido, y cayó hecho un ovillo sobre Cliff, que lo apartó con un golpe, se dejó caer de nuevo hacia atrás, y rodó hacia un lado..., de modo que el hombre que había pretendido caer sobre él con los pies, cayó sobre la piedra, perdido el equilibrio, y cayó de rodillas y manos.

Fue mucho más lento que Cliff Marsh, el cual ya se había puesto en pie de un salto, y, ante él, disparó su pie derecho en demoledor Ap Chagui. El pie alcanzó al hombre en el centro de la cara, que tenía alzada para mirar, aterrado, a Cliff. Y debido a esta postura forzada de su cuello, éste crujió y se partió como una caña seca; la cabeza rebotó en la espalda, y volvió hacia delante, haciendo de peso para que el hombre cayese de bruces.

Se había producido el hueco hacia el tramo de escalones de piedra, y Cliff Marsh no vaciló ni un segundo, lanzándose hacia allí. No era ningún estúpido, y sabía que su efectividad no soportaría en todo momento el enfrentamiento con los hombres que quedaban, y que, desde luego, estaban ya desengañados respecto a él... Tan desengañados, que dos de ellos acababan de sacar los

nunchaku, que comenzaron a silbar al ser volteados por encima de sus cabezas...

Y un golpe de nunchaku le acertó de lleno en la espalda cuando pasó poco menos que volando hacia la escalinata. Oyó el chasquido del bastón de roble en su espalda como si hubiese sonado dentro de su cabeza, de todo su cuerpo, y ante sus ojos aparecieron miles de puntitos luminosos que perforaban aquella negrura infinita que le rodeó de pronto. Por simple reflejo muscular, se puso en pie. Lo veía todo negro, pero su oído funcionaba todavía.

¡Pfsss- fsss- fsss- fsss...!, silbaba otro nunchaku ante él.

Lo único que se le ocurrió fue agacharse. Oyó el silbido del nunchaku por encima de su cabeza, escalofriante, y algo pesado cayó sobre sus hombros; oyó perfectamente la exclamación gutural de sobresalto, y al alzar las manos se encontró con un brazo entre ellas. La reacción fue instintiva: retorció el brazo, colocándolo con la articulación del codo hacia arriba, apoyó allí la axila, y se dejó caer sentado.

El crujido del codo, al partirse debido al waky gatame de judo, fue menos espantoso que el alarido del chino. La visión se aclaró súbitamente a los ojos de Cliff, que apoyó una mano en el suelo, para ponerse en pie. Y al mismo tiempo que lo hacía, cerraba sus dedos en torno a una de las secciones del nunchaku.

¡Pssss!, oyó. Y acto seguido lanzó un alarido, cuando el nunchaku del otro chino golpeó en su brazo, entre el codo y el hombro. Una corriente eléctrica de dolor insoportable recorrió su brazo hacia abajo, y hacia arriba, expándiéndose por todo el cuerpo... El nunchaku que había empuñado cayó al suelo, pero, al mismo tiempo Cliff lanzaba otro Ap Chagui bajo, que alcanzó en plena rodillas al chino. Un nuevo alarido, y otro hombre cayó ante Cliffton Marsh, sin dejar de aullar como enloquecido, agarrándose la rodilla con ambas manos y revolcándose frenéticamente.

¡Siu-siu-siu-siu-siu!, oía ahora Marsh. Y la revelación le puso los pelos de punta: ¡un manrikigusari, la cadena que podía despedazarlo, desgarrarlo con sus eslabones...! El hombre que hacía girar sobre su cabeza el manrikigusari estaba a un par de metros de Cliff, acercándose rápidamente...

Cliff llenó su vientre de aire, y lanzó su Kiai, feroz y desesperado, en busca de toda su energía, en busca de sí mismo, de su vida, de su espíritu...:

— ¡TááAAAaaaAAAAAA...!

Fue un grito tan poderoso, que el chino que blandía el manrikigusari se detuvo en seco, la cadena dejó de girar, y quedó colgando a su lado,

tintineando breve- mente. Los otros dos chinos, detrás del primero, gritaron algo en su idioma, y el otro comenzó a hacer girar de nuevo el manrikigusari..., percatándose, demasiado tarde, de que había perdido dos segundos preciosos...

— ¡TáááAAAAAAA...! —gritaba de nuevo Cliff, ya en el aire.

El instinto de los tres chinos fue apartarse cuando el gigante rubio se elevó, lanzado hacia ellos, disparando sus puños y sus pies hacia todos lados, como una sorprendente máquina... Cliff cayó tres metros más allá, como un gato, giró, y tendió las manos, como enormes garras, como grandes ramas nudosas. Los dos nunchakus fueron recogidos por los dos chinos desarmados, y acto seguido los tres comenzaron a acercarse lentamente hacia el británico...

¡Siu-siu-siu-siu-siu...!

¡Pssss-fssss-fssss-fsss...!

Por un instante, la visión desapareció de nuevo de los ojos de Cliff Marsh, la cabeza le dio vueltas. Cuando de nuevo pudo ver, lo hizo a tiempo de saltar hacia atrás, para esquivar el manrikigusari... Otro salto atrás, para esquivar un golpe de nunchaku. Otro paso atrás...

El suelo desapareció, Cliff Marsh lanzó un grito, manoteó en vano intento de asirse a algo..., y un instante después caía de espaldas y cabeza a las frías, negras, sucias aguas del río Támesis, que se cerraron sobre él.

Los tres chinos se asomaron al borde de piedra, y estuvieron mirando atentamente, pero Cliff Marsh no aparecía. Otros dos chinos, tambaleándose, demudados los rostros, se acercaron a mirar. Pasó un minuto, dos, tres... Por fin, el del manirikigusari lo guardó bien recogido en un bolsillo, y señaló hacia sus dos compañeros que todavía yacían en el suelo, inmóviles.

—Recogedlos: tenemos que marcharnos de aquí cuanto antes, y avisar a Pei de que el británico ha muerto. O mejor aún, vamos a decírselo a Wu.

CAPITULO VII

El coche se detuvo delante de aquel pequeño edificio de tres pisos, con un jardincillo en la parte frontal. En algunas de las ventanas de los apartamentos que daban a la fachada había luz.

Dentro del coche, Cliffton Marsh miraba hacia aquellas ventanas, entornados los párpados, siniestra la expresión terrible. De cuando en cuando, un estremecimiento recorría su cuerpo, causándole tal cantidad de puntos de dolor que tenía que apretar más los labios para no gritar. Se sentía como destrozado, y el frío del agua del río parecía que jamás fuese a desprenderse de sus carnes... Allí estaría, para toda la vida. Desgreñado, magullado terriblemente, con la herida del costado abierta, tiritando y estremeciéndose, el taekwondoka parecía una fiera herida acosando la presa.

Sí, la presa. Porque allá, en uno de aquellos apartamentos, vivía Pei Ching. Había buscado su nombre en el listín telefónico, y lo había encontrado: 44, Insville Road, Wallsworth. Lo que no sabía era el apartamento, pero lo sabría muy pronto. Sólo tenía que mirar los buzones de la correspondencia, o cualquier otra indicación que sin duda habría en la entrada del edificio... Si estaba, la iba a hacer pedazos... ¡La iba a hacer pedazos si no le entregaban a él, inmediatamente, a Sagrario Vargas! Y si no estaba, la esperaría. Ella volvería allí, más pronto o más tarde. ¿Por qué tenía que seguir en el hotel, si tenía su propio apartamento, y ya no tenía objeto conseguir el juego?

Aprovechando un momento en que no había nadie a la vista, Cliff Marsh se apeó, y se acercó presurosamente al edificio, cojeando, estremecido de dolor, arrugadas las ropas húmedas, revuelto el rubio cabello adherido a la cabeza.

Efectivamente, allá estaba el nombre de Pei Ching, en uno de los buzones. Segundo piso. Apretando los labios, Cliff subió, y poco después se detenía ante la puerta del apartamento C. Alzó la mano hacia el timbre, pero la detuvo de pronto, y se quedó mirando el quicio de la puerta; desvió la mano hacia allí, y empujó.

Vaya... Al parecer, los chinos tenían la costumbre de dejar las puertas abiertas. Empujo un poco más. Y un ¡poco más... El interior del apartamento estaba a oscuras. Cliff entró, ajustó, la puerta de nuevo y se quedó a la escucha. El silencio era total allí dentro, pero de algún otro apartamento llegaba una música amortiguada. Del fondo llegaba un resplandor, sin duda penetrando por alguna ventana desde la calle.

Convencido de que no había nadie allí, Cliff buscó el interruptor de la luz, lo encontró, y la encendió. Había un corto pasillo, luego el saloncito, la puerta de la cocina, otro corto pasillo... Tras encender la luz del saloncito, se quedó

mirando a todos lados, bastante pasmado. Era evidente que Pei Ching tenía un sentido muy personal de la decoración...

“¿Y si llamase al Green Park, por si todavía estuviese allí?”, pensó Cliff.

Desechó la idea, en seguida. No, de ninguna manera quería poner a Pei sobre aviso.

Moviendo negativamente la cabeza, seguid el corto pasillo, pasó ante el cuarto de baño, encendió la luz del dormitorio, y entró. La tentación de dejarse caer en una cama y descansar era fortísima, pero no lo haría. Si lo hiciese, quedaría dormido, derrengado, y cuando despertase no podría ni moverse, lo sabía muy bien.

Solamente dio un paso hacia el interior del dormitorio.

—Pei... —jadeó.

La chinita estaba en la cama, cruzada de modo que la cabeza colgaba hacia el lado que veía Cliff. Estaba completamente vestida, y quizá habría parecido una divertida postura si sus ojos no hubiesen estado casi fuera de las órbitas, su rostro desencajado en una horrenda mueca..., y la cadena, el manrikigusari, no hubiese estado rodeando su fino cuello, incrustada del tal modo en la delicada carne que la sangre había brotado, y todavía goteaba...

Chop, cayó una gota.

Cliff se pasó las manos por la cara, y la notó helada. El brazo golpeado por el nunchaku le dolía de tal modo que cayó como si fuese de plomo. En realidad, le dolía todo tanto, que lo mismo daba. En cambio, a Pei Ching ya no le dolía nada... Nada.

Las ideas se fueron aclarando lentamente en el cerebro de Cliffton Marsh. Para él, el modo en que había muerto Pei Ching era revelador. Si hubiese sido asesinada a balazos, podría haber pensado en gente como Darling y Leona, pero así... De pronto, recordó la puerta abierta. Volvió la cabeza, miró de nuevo hacia la chinita, de nuevo hacia fuera del dormitorio... El cerebro de Cliff comenzó a funcionar como una computadora, engullendo datos. Se acercó a la muchacha, y examinó sus manos. En una de ellas todavía se veían algunos cabellos, y algo que podía ser piel entre las uñas.

Dio media vuelta, salió del dormitorio tras apagar la luz, hizo lo mismo con todas las del apartamento, y abandonó éste, dejando la puerta como la había encontrado. Segundos después entraba en su coche, y se acurrucaba en el asiento.

Solamente tuvo que esperar diez o doce minutos.

Llegó una vieja camioneta, y dos hombres se apearon, abrieron la parte de atrás, y descargaron un baúl que parecía pesar bastante. Sosteniéndolo cada uno por un extremo, entraron en el edificio donde vivía... había vivido Pei Ching. La mirada de Cliff Marsh ascendió, lentamente, hacia las ventanas del segundo piso. Una mirada, lenta, serena, fría... En el segundo piso brilló la luz en una ventana. Estuvo encendida apenas un minuto. Luego, se apagó, y al medio minuto aparecían los dos hombres, cargados con el baúl. Marsh apretó los labios, y los estuvo observando mientras lo cargaban.

Finalmente, volvieron a la cabina de la camioneta, y partieron. Los dos hombres eran blancos, pero Cliff-ton Marsh sabía perfectamente, que no formaban parte del grupo de Darling. Y no por el manrikigusari, ya que Darling también tenía chinos a su servicio, no, sino porque... ¿por qué habría de molestarse Darling en retirar el cadáver de Pei Ching si la hubiese matado él o sus hombres?

No.

No había sido Darling, el hombre de la sortija...

* * *

El hombre de la sortija casi se puso en pie de un salto al mismo tiempo que exclamaba:

— ¿Quiéeeennnn... ?

—Yo he entendido ese nombre, señor —dijo el criado—: Cliffton Marsh.

La mirada de Darling fue hacia Leona, que estaba como convertida en bellísima estatua en uno de los sillones del lujoso salón. Boquiabierta, Leona no acertaba a reaccionar. Tampoco reaccionaban los tres hombres que ocupaban otros tantos asientos, todos cerca de la mesita baja donde se veían vasos, una botella de whisky, un cubo con una botella de champaña... Leona sostenía la copa, todavía con líquido, por puro milagro.

—No puede ser... —murmuró por fin—. ¡No puede ser él!

Los tres hombres miraban a Darling, que tras el sobresalto y la sorpresa, había quedado, finalmente, pensativo. Miró al criado que le había anunciado la visita.

— ¿Es un hombre de metro ochenta y pico, rubio, de ojos claros, atractivo, fuerte...?

—Sí, señor. Pero está... extraño, señor.

— ¿Qué quiere decir extraño? —saltó Leona.

—Bueno... Parece muy cansado, y lleva las ropas... como si le hubiese pillado la lluvia de lleno, señorita. Yo diría que está hecho una calamidad, si me lo permite.

— ¿Y viene solo?

—Sí, señorita.

Leona y Darling cambiaron una nueva mirada. Luego, el primero se puso en pie, mirando hacia los otros tres, que seguían mirándole expectantes.

—Será mejor que os marchéis... —musitó Darling—. Peter os llevará a la puerta de atrás. Quizá esta visita signifique la solución al problema que estábamos tratando, precisamente. Os llamaré cuando sepa algo concreto.

—Ese tipo debe estar loco para venir aquí —masculló uno de los tres visitantes.

—No —movió la cabeza Leona—. No está loco. Ni es ningún imbécil, pueden estar seguros. Si Marsh ha venido aquí es porque tiene SUS buenos motivos para hacerlo, su propio juego... Para empezar, me gustaría saber cómo ha sabido que podía encontrar aquí a William.

Los tres miraron a Darling, inquisitivos, pero éste encogió los hombros, no sin preocupación.

—Escuchemos a Marsh —dijo—. Os llamará en cuanto sepa algo.

Acompañados por el criado, los tres salieron del salón. Poco después, el criado regresaba, precediendo a Cliffton Marsh, que en efecto estaba hecho una pena..., aunque había una dura sonrisita en sus labios.

—Buenas noches, señor Marylebone... —saludó a Darling—. ¿Qué tal, Leona?

—Bien... —sonrió ella—, ¿Y tú, tigre?

— ¡Grrrr...!

—Parece que a pesar de sus... evidentes dificultades, está usted de buen humor, señor Marsh —deslizó Darling.

—Relativamente... —suspiró Cliff—. ¿Me invita a un trago?

— ¿Quieres champaña? —ofreció Leona.

—No, no. Prefiero un whisky.

William Marylebone, Darling, el hombre de la sortija, le hizo una seña al criado, que sirvió un whisky a Cliff, y se retiró. Cliff bebió un par de sorbos, suspiró, fue a sentarse en un sillón, apoyando con cuidado una mano, como si temiese que las rodillas fuesen a doblársele... Frunció el ceño, pasó con cuidado la mano por el asiento, y miró amablemente a Marylebone, que no le quitaba la vista de encima.

—Espero no haber sido demasiado inoportuno.

—No se preocupe... —sonrió Marylebone—. Es usted listo en verdad, señor Marsh.

—Cuando un asiento vacío está caliente, es que no hace mucho que está vacío. Comprender eso no es para que a uno le den un diploma, me parece. He venido a proponerle un trato, Darling.

Marylebone entornó los párpados.

—Creí que no quería tratos conmigo.

— ¡Oh, vamos!, no debemos ser rencorosos, ¿no le parece? Lo pasado, pasado está. Las circunstancias mandan siempre, y, en este momento, las circunstancias son favorables a nuestra alianza. Yo tengo algo que ofrecer y usted tiene algo que darme, a cambio.

— ¿Qué ofrece usted?

—La libreta de Hoi Yue. O de Ming, si lo prefiere, ya sabe.

— Sí, ya sé. ¿La tiene aquí?

—Me reiría, pero entonces me dolería todo. Si yo tuviese esa libreta, señor Marylebone, no estaría en dificultades.

—Se equivoca: usted estará siempre en dificultades mientras yo siga deseando tener esa libreta.

—Pero' dejaré de estarlo si le ayudo a conseguirla, ¿no es así?

—Mi agradecimiento sería sincero, señor Marsh.

—Bien. ¿Cuántos hombres tiene... disponibles para trabajar en todo terreno? Ya sabe: tipos como Granger y los otros.

—Puedo reunir unos cuantos.

—Reúna un buen puñado, y podemos ir a buscar la libreta cuando guste.

—Si no entiendo mal, habrán... dificultades.

—Algo de follón —sonrió secamente Cliff—. Pero si no le interesa, recurriré a la policía.

— ¿Por qué no ha recurrido a ella, directamente?

—Porque la policía, señor Marylebone, no es... todo lo dura que yo deseo. Tiene unos métodos muy ortodoxos y suaves, por regla general. Especialmente en Inglaterra, como usted bien sabe. Además, no quiero uniformes, ni gente que camine con paso firme, ni sirenas... Quiero gente como la que tiene usted.

— ¿Cómo me ha localizado?

— Por medio de un detective privado al que facilité la matrícula del coche que utilizaron anoche Granger y sus amigos chinos que quisieron llevarse a Pei Ching.. Me refiero a la muchacha china.

—Ya. Muy inteligente, señor Marsh.

— ¡Bah...i Eso era fácil. ¿No pensó en ello?

—No —gruñó Marylebone.

—Pues ya ve hice el encargo, he llamado hace un rato, y me han dicho que el coche era del señor William Marylebone, que vive en tal sitio, tal número, tal estupenda casa con jardín. Buen servicio. Pero yo tampoco lo he hecho mal como detective, señor Marylebone. ¿Ver- dad que usted no sabe que han matado a Pei Ching?

—No... No lo sabía. Supongo que se refiere a su amiguita china.

—Sí... —la mirada de Cliff se oscureció—. La han estrangulado con un manrik..., bueno, con una cadena. Luego, volvieron a buscarla con una camioneta, la metieron en un baúl, y entregaron el baúl a unos hombres de un lanchón de pesca..., a los que ya había tenido el disgusto de conocer.

— ¿Cómo sabe usted todo eso?

—Estuve en el apartamento de Pei Ching, y la vi estrangulada. De pronto, recordé que la puerta sólo estaba entornada, y pensé que era una estupidez, a menos que, como cuando se llevaron a otra persona de su domicilio, quisieran que alguien se enterase pronto, o bien que, como era el caso de Pei, pensasen volver pronto y no tuviesen la llave. Yo creo que los propios amigos de Pei Ching la han asesinado. ¿Y sabe por qué?

—No, no tengo ni idea.

—Porque yo la conocía, y, aunque posiblemente llegaron a creerme muerto, Pei debía haberles dicho que unos hombres la habían seguido, así que... resultaba comprometedora, y, como en las películas, cuando ya no fue necesaria, fueron a por ella. La muñequita de porcelana regresó a su apartamento, y entonces, fueron a llevársela. Ella comprendió lo que iba a ocurrir, así que se resistió, por lo que no tuvieron más remedio que matarla allí mismo. Y como no debieron encontrar la llave del apartamento, dejaron la puerta abierta cuando fueron a buscar la camioneta en lugar del coche, la metieron en un baúl, y se la llevaron. Yo los seguí en todo momento, y sé adónde fueron, finalmente.

—Entiendo... Más o menos, pero entiendo. ¿Está diciéndome que esos hombres a los que siguió lo guiaron a usted, sin saberlo, adonde está la libreta de Hoi Yue?

—Sí.

—Bien... ¿Quiénes son y dónde están?

— ¿Y cómo sabes que tienen la libreta? —preguntó melosamente Leona.

—Lo sé porque yo se la había dado a Pei Ching, y es evidente que ellos se la quitaron.

Darling y la rubia asesina se quedaron mirando fijamente a Cliffton Marsh, que bebió otro sorbito de whisky. El silencio era total. Por fin, William Marylebone, musitó:

— ¿Cuántos hombres cree que vamos a necesitar?

—Si van armados, media docena. Si van desarmados, doce o quince, por lo menos. Y también vamos a necesitar esos aparatitos tan simpáticos que utiliza usted, señor Marylebone. Me refiero a esas pequeñas radios,

—No hay problema sobre eso —asintió Darling—, Quiero advertirle, Marsh, que si su juego...

—Mi juego es favorable a usted. Y tiene que creerme, por una sencilla razón: le necesito, a usted y a sus hombres.

—De acuerdo. ¿Para cuándo?

—Para ahora.

Darling miró hacia el teléfono, vaciló, y dijo:

—Puedo reunirlos en quince minutos.

—Pues hágalo.

—Está bien... Vuelvo en seguida.

Se dirigió hacia la salida del salón, y desapareció. Leona miraba, siempre sonriente, a Cliffton Marsh, que tras contemplar a Marylebone abandonar el salón, dijo:

—Parece que teme algo de mí, ¿verdad?

—Quizá no —casi rio ella—, pero de todos modos, es más cómodo hablar desde el despacho que desde aquí. Fuiste muy malo conmigo, Cliff.

— ¿Sí? ¿Cuándo?

—Parece como si no hubieses reparado en que tengo la naricita hinchada. ¡No puedes imaginarte la de sangre que me llegó a salir!

—Vaya, cuánto lo siento.

— ¿De veras?

—No, pero es lo que se dice.

—Eres muy, muy malo... ¿Quieres ver los cardenales?

— ¿De Roma?

—Me refiero a los hematomas que me hice en el pecho cuando choqué contra la pared. Tengo los dos pechítos convertidos en un puro cardenal. ¿Quieres verlos?

Cliffton Marsh apretó los labios, y permaneció en silencio, mirando con suma atención a Leona, que, evidentemente, interpretó mal la actitud del budoka. Lo que ella tomó por silencio de asentimiento, no fue otra cosa que especulación por parte de Marsh sobre la posibilidad de que aquella fiera rubia le estuviese preparando alguna trampa.

Pero al parecer, no había trampa. Leona fue a sentarse en un brazo del sillón ocupado por Cliff, y tras bajar los tirantitos del vestido de noche, deslizó la ropa hacia abajo.

— ¿Ves? —gimió, mimosilla—. ¡Y me hacen un daño...! ¿No querías proporcionarme un poco de alivio, tigre mío?

—Nunca aprendí a ordeñar —mascullló Cliff—. ¿Qué demonios estás

tramando, ahora?

— ¡No debieras tratarme así! —exclamó ella—. ¡Mira cómo tengo el pecho por tu culpa! ¡Todo él convertido en un hematoma de sangre...!

— ¿Quieres decir que no es la mala leche, que se te ha agriado dentro? Escucha, ñera asesina: sí estás pensando en alguno de tus criminales trucos que tanto parecen entusiasmar a tu amo, reflexiona: antes de tener la libreta de Hoi Yue, no creo que Marybelone acoja con alegría mi muerte. Así que si estás pensando en clavarme un cuchillo en la nuca, o escupirme tu veneno, te sugiero que esperes a mejor ocasión. Y tápate las ubres, o vas a pillar un resfriado.

— ¡Bestia! —jadeó Leona.

—Bueno, no pretenderás que un tigre te diga versos románticos, ¿verdad?

— ¿Ni siquiera vas a darme... unos besitos de consuelo?

Cliffton Marsh volvió a mirar los ojos de Leona. Luego, miró lo otro, volvió a mirar los ojos femeninos... Por fin, sin responder, dedicó toda su atención al resto de whisky que quedaba en su copa, como si Leona no estuviese allí. Ni siquiera pudo ver la palidez intensísima en el rostro de ella, ni el relampagueo feroz de sus hermosos ojos.

No se percató de nada, porque Cliffton Marsh estaba viendo con la imaginación otros ojos, oscuros, grandes, bellísimos, llenos de risa. Y una cabellera negra, una piel morena, unas manos finas, delicadas... Cuando pensó en lo que podía ocurrir con una mujer como Sagrario Vargas en un grupo de hombres como los que le habían atacado a él junto al río, y los que habían estrangulado a Pei Ching, el budoka tragó saliva, y cerró los ojos.

— ¿Te sientes mal?

Los abrió bruscamente, para mirar a Leona, que había vuelto a sentarse donde estuviera antes, y que sostenía otra vez su copa de champaña. Por supuesto, ya había guardado su bagaje de ofensiva directa, y aparecía muy compuesta y tranquila.

Cliff no tuvo que contestar. William Marylebone entraba en aquel momento en el salón, diciendo:

—Los tendremos a todos reunidos en menos de quince minutos, Marsh. En cuanto a las radios de bolsillo, aquí traigo una para usted. Si lo que desea es eso, podrá hacer contacto conmigo en cualquier momento.

—Está bien... —Cliff tomó la radio, la examinó, y se la guardó—. Y ahora,

señor Marylebone, escúcheme atentamente, porque las cosas se van a hacer a mi manera.

—Pero...

—A mi manera... o de ninguna manera. Elija.

—A su manera —gruñó el hombre de la sortija.

CAPITULO VIII

—Me pregunto qué vamos a hacer con usted —dijo Wu Tsei—. No es china, no es británica; evidentemente no pertenece a ningún sistema policial ni de espionaje, niega ser la novia del señor Marsh, niega saber cualquier detalle sobre Hoi Yue... Sí, señorita Vargas, me pregunto qué vamos a hacer con usted.

Sagrario Vargas no contestó. Había terminado ya su repertorio de protestas, de súplicas, de explicaciones. No entendía nada de nada, excepto que estaba en un lugar que le desagradaba y con personas que todavía le desagradaban más. La mayoría eran chinos, o, cuando menos, orientales. Quizá malayos, coreanos, japoneses, vietnamitas... No los distinguía. Pero, con ser inquietantes estos hombres, aún le inquietaban más los dos de raza blanca que la contemplaban irónicamente, con la expresión clarísima de quien sí sabe muy bien qué hacer con una muchacha de radiantes belleza, raza blanca, y que, sin duda alguna, estaba sobrando en el mundo de los vivos.

— ¿No tiene nada que decir? —insistió Wu Tsei.

—Ya..., ya he dicho todo lo que tenía que decir, señor...

—Bueno, es una pena, realmente. Como usted habrá comprendido lo único que de ninguna manera podemos hacer es dejarla marchar, señorita Vargas.

Sagrario tragó saliva, y se quedó mirando, siempre fijamente, al gigantesco chino llamado Wu Tsei. Gigantesco, por lo menos, comparándolo con los otros hombres de su raza que había allí. Wu Tsei debía medir no menos de metro ochenta, tenía los hombros anchísimos, las manos grandes, enormes, y un vientre reducido, liso. A cada movimiento de su cabeza, el largo cabello de atractiva melena se movía, y en su cuello amarillento resaltaban músculos, venas y tendones. Era... como un admirable caballo de potencia inmensurable. A su lado, los demás chinos, e incluso los hombres blancos, parecían enanos alfeñiques.

—Déjenosla a nosotros —dijo uno de los dos blancos—, Podemos resolver el problema muy satisfactoriamente, Wu.

Wu Tsei sonrió. Tenía una sonrisa simpática. Era atractivo, apuesto, elegante. Sus grandes ojos negros expresaban siempre lo que a Sagrario le parecía una simpatía irreal, exagerada.

—Estoy seguro de ello, Handock —asintió, sin dejar de sonreír—. Pero supongo que quieres decir satisfactoriamente para vosotros... ¿No es así?

—Bueno —sonrió Handock—, lo que interesa es que ella no pueda

molestar nunca, ¿verdad?

Wu Tsei quedó pensativo. Tenía un rostro tan agradable que Sagrario lo miró esperanzada... Olvidó a los demás hombres presentes, concentrándose en Wu Tsei, Olvidó que estaba en un pequeño cuarto vacío, sentada en una silla, con la cara todavía dolorida por los golpes recibidos, las lágrimas formando una especie de máscara rígida en sus facciones, los ojos hinchados de llorar... Olvidó los gritos que había estado oyendo aquella tarde, los alaridos, los golpes en el suelo... Tenía la vaga idea de que estaba en un gimnasio o algo parecido, pero, fuese lo que fuese aquel lugar, ya había quedado vacío; solamente quedaban allí Wu Tsei, los dos blancos llamados Sanders y Handock, y algunos chinos, un montón, no sabía cuántos. Chinos o lo que fuesen.

Las meditaciones de Wu Tsei fueron interrumpidas por el timbre del teléfono, lejos. Wu miró a uno de los chinos, le hizo un gesto, y el oriental, abandonó aquel pequeño cuarto sucio y húmedo.

—El problema podría resolverse de otro modo si la señorita Vargas colaborase, al menos, esforzando un poco su memoria. Si lo hiciese, podría recordar, posiblemente, algo referente al... objeto que buscamos. Parece ser que una libreta.

—Señor Wu, ya... ya le he dicho que no sé nada de eso... ¡Se lo he jurado!

—Pero usted es la novia del señor Marsh, ¿no es así?

— ¡No! ¡No, no, no!

—Es absurda su actitud... Tenemos constancia de que el señor Marsh es un hombre inteligente, así que no vemos por qué tendría que haber dicho que usted es su novia si no es cierto.

— ¡Le digo que no es cierto! ¡No sé nada de todo esto, no sé nada, nada, nada...!

Sagrario Vargas rompió a llorar, una vez más, y Wu Tsei se rascó la cabeza por entre su melena negrísima, lisa. Todo se había complicado demasiado, ciertamente. Cuando supieron que Hoi Yue iba a llegar al aeropuerto de Londres, él envió allá a Sanders y Handock, y éstos, efectivamente, le vieron. Pero, cuando le estaban vigilando de lejos, después de percatarse de que Hoi Yue había reparado en ellos, comenzaron a suceder cosas que escaparon a su control. Después de llamar por teléfono, Hoi Yue había sido atacado, muerto por dos chinos y un blanco, que, con mucha más decisión que ellos, se metieron entre la gente y registraron a Hoi Yue. Sanders y Handcok habían tenido, por un momento, la esperanza de que los asesinos

de Hoi Yue encontrasen la libreta en un bolsillo de éste, pero, cuando vieron que no fue así, quedaron decepcionados y esperanzados al mismo tiempo. Comprendieron que Hoi Yue llevaba la libreta en otro lugar, no en sus ropas.

¿Dónde? Pues, en aquella pequeña maleta que el chino llevaba consigo. Más..., ¿dónde estaba la maleta, adónde había ido a parar, mientras recibía los balazos? Total, que cuando fueron a darse cuenta, ni veían las maletas, ni tenían ya opción a seguir a los hombres que habían matado a Hoi Yue..., porque llegaba la policía, y lo mejor que podían hacer era poner pies en polvorosa

Total, el fracaso absoluto.

Y ahora, todo lo que tenían era una chica de veintitrés años, que decía llamarse Sagrario Vargas Carranza, ser española, licenciada en Filosofía y Letras, estar en Londres para ocupar una plaza de profesora de español en el Prívate Mayfair School, y... fin del asunto.

Para colmo de males, siete estúpidos que habían creído tender una trampa al señor Warsh habían recibido la paliza de sus vidas, a manos de un solo hombre..., y éste había muerto. Sí, fin del asunto.

¿Única solución?

—Bien —encogió los hombros—, lo siento, señorita Vargas, pero vamos a tener que eliminarla para que...

Wu Tsei se quedó mirando al chino que había regresado, diciendo:

—Te llaman al teléfono, Wu.

— ¿Quién es?

—Dice llamarse Kem Po.

La hermosa cabeza de Wu Tsei se ladeó, en un gesto de expectación, de interés; sus párpados se entornaron.

— ¿Kempo? —musitó.

—No: Kem Po. En dos palabras. No sabe una sola palabra de chino, pero yo diría que sí sabe, y muy bien, lo que quiere decir Kempo (*)

— ¿Por qué dices eso?

—Más o menos, ha dicho que se pasa el Kempo por los... orificios nasales. Bueno, no ha dicho eso exactamente.

—Ya —relucieron los ojos de Wu Tsei—. ¿Eso es todo lo que tiene que decir ese hombre?

—No. Quiere hablar contigo, pero me ha adelantado que con una sola mano puede romperte la cara, y desea saber si te atreves a comprobarlo.

Los orientales no parecían sorprendidos, pero Sanders y Handock cambiaron una mirada de desconcierto. Todavía más desconcertados quedaron cuando vieron que Wu Tsei, tras apretar los labios en mal contenido gesto de ira, salió bruscamente del pequeño cuarto.

—Pero..., ¿qué pasa? —preguntó Sanders al chino.

(*) Kempo es el boxeo chino por antonomasia, derivación directa del legendario Kung Fu, menos sofisticado que éste, más práctico..., cuando menos, en apariencia.

—El tipo llamado Kem Po ha dicho que sabe que esto es un pretendido gimnasio de Kempo, que aquí sólo asisten parias y sinvergüenzas, y que no va a dejar tabique sobre tabique del gimnasio, para evitar que continuemos enseñando a luchar a toda la serie de ratas que viene aquí a aprender Kempo... Y que para empezar, le va a arrancar los monóculos a Wu Tsei.

— ¿Los qué?

—Hombre, ya me entiendes... Me parece que vamos a tener el gran privilegio de ver a Wu Tsei en acción: no me sorprendería nada que invitase al tipo llamado Kem Po a darse una vuelta por aquí. Seguro que lo hace.

En aquel momento, Wu Tsei se colocaba el auricular del teléfono, y preguntaba, muy tranquilo y cortés:

— ¿Desea hablar conmigo, Kem Po? Soy Wu Tsei.

—Está claro que usted tiene la boca para algo más que para comer. Muy bien, ya ha hablado: ¿y ahora?

—Es evidente que usted sabe muy bien dónde está mi gimnasio. Le espero. ¿Cuánto tardará?

—De acuerdo. Hasta ahora mismo.

Wu Tsei colgó, y regresó al cuarto pequeño, donde los orientales estaban enzarzados en una animadísima conversación que ni Sagrario ni Handock ni Sanders entendían.

—Yao, id a limpiar bien la sala —ordenó Wu Tsei—, Vosotros dos, llevad allí a la señorita Vargas: se me ha exigido que ella presencie el combate.

— ¿Vas a pelear, Wu? —exclamó uno de los chinos—. ¿Vas a pelear... en serio?

—El combate es a muerte. Ping, ve a la entrada: dentro de cinco minutos llegará un hombre, al que acompañarás a la sala central. Asegúrate de que no lleva ninguna arma. Luego, acompáñalo a la sala.

—Sí, Wu.

—Pero..., ¿qué pasa? —exclamó Sanders—. ¿Por qué todo esto?

Wu Tsei se quedó mirándolo hoscamente. Luego, sin contestar, salió del cuarto. En cuestión de segundos, el hasta entonces silencioso gimnasio se convirtió en un centro de gran actividad. Sagrario fue llevada a uno de los bancos desde donde podía ver toda la sala, varios chinos comenzaron a pasar escobas de trapo por el brillante parqué, Wu Tsei comenzó a quitarse ropa... A medida que su musculatura iba quedando al descubierto, Sagrario Vargas se sentía más y más aterrada. A cada gesto de Wu Tsei un manojo de músculos parecía a punto de reventar la piel, que relucía como seda. Wu Tsei quedó descalzo, desnudo de cintura para arriba. Finalmente, con una cinta negra se sujetó los cabellos en una coleta, hacia la nuca.

Entonces, fue a plantarse en un extremo de la sala, y se dispuso a esperar.

No fue ni siquiera por dos minutos que tuvo que esperar. El piso ya estaba limpio, los chinos se habían colocado en las mejores localidades, Sanders y Handock se habían sentado uno a cada lado de Sagrario Vargas... El chino que había ido a esperar a Kem Po apareció corriendo, con los ojos muy abiertos.

— ¡Wu! —gritó—. ¡Es el señor Marsh!

Hubo un gesto colectivo de estupor, menos en Wu Tsei, que apretó los labios y bajó los párpados hasta que ocultaron casi completamente sus negrísimos ojos. En cambio, Sagrario Vargas los tenía muy abiertos, desorbitados.

Y cuando Cliffton Marsh apareció en la sala, la muchacha se puso en pie, exclamando:

— ¡Señor Marsh...!

—Siéntese —gruñó Sanders, tirando de una mano de Sagrario y sentándola rudamente.

En cuanto a Cliff Marsh, ni siquiera había mirado hacia Sagrario Vargas. Su aspecto era calamitoso, y cojeaba visiblemente mientras caminaba hacia su extremo de la sala. Sagrario Vargas no creía lo que estaba viendo... ¿Aquel

hombre era el mismo que quería invitarla a sol de España aprisionado, y que tanto la había hecho reír... hasta que empezaron a aparecer mujeres?

La muchacha estuvo al borde del desmayo cuando Marsh comenzó a quitarse también la ropa de cintura para arriba, y comenzaron a aparecer músculos por todas partes. Era increíble. Pero, no sólo aparecieron músculos, sino vendas ensangrentadas, un enorme verdugón en la espalda, un hematoma horrendo en el brazo izquierdo... El respetable público cambiaba comentarios en chino que habrían desconcertado aún más a Sagrario si hubiese podido entenderlos. Pero no los entendía. Ni entendía por qué unos hombres que tanto habían querido atrapar al señor Marsh no aprovechaban la ocasión para caer en grupo sobre él...

— ¿Listo, señor Marsh? —preguntó fríamente Wu Tsei.

El montón de músculos en que se había convertido Cliffton Marsh a los ojos de Sagrario, adelantó un paso.

—Cuando quiera.

Wu Tsei flexionó las piernas, y colocó los brazos doblados ante él, cerrados los puños. Describió un giro, otro, otro... A cada giro, quedaba más y más cerca de Marsh, que también se había colocado en guardia y le miraba fijamente, siguiendo sus evoluciones.

De pronto, tras otro giro, Wu Tsei quedó frente a Marsh, a menos de un metro, y disparó sus puños: derecho, izquierdo, izquierdo, derecho, derecho... Los golpes resonaban, chascaban sonoramente en el gimnasio... contra los brazos de Marsh, que hacia parada tras parada, serenamente. Y de pronto, Cliff Marsh giró, colocándose de espaldas a Wu Tsei, y disparó una coz tremenda, un Yop Chagui que alcanzó a Wu en el centro del pecho y lo derribó sentado. Pero, podría decirse que aún no había caído Wu cuando ya estaba de nuevo en pie, arrancando un murmullo de admiración a la concurrencia..., que sabía muy bien que pocas horas antes, Cliff Marsh había matado dos hombres a golpes junto al río.

Wu Tsei giró de nuevo. Y otra vez. Y otra... Quedó otra vez frente a Marsh, amagó el golpe con la derecha..., y disparó la izquierda: la nariz de Cliffton Marsh reventó en un surtidor de sangre..., y los chinos reventaron en un rugido de entusiasmo, comenzando a animar a su ídolo y jefe, Wu Tsei.

— ¡TáááAAAAAaaAA A A...! —resonó el Kiai de Marsh en la sala, mientras éste se elevaba, salpicando sangre a todos lados.

La trampa fue perfecta.

Sonriendo despectivamente, Wu Tsei vio venir aquel bólido rubio volando

a dos metros de altura, encogidas las piernas, listas para el disparo: podía disparar las dos o una sola, pero Wu sabía que por ahí tenía que llegar el golpe. Así que no tuvo la menor dificultad en pararlo.

Y ésa fue la trampa. Mientras él dedicaba su atención y su energía a parar con los brazos las patadas aéreas de Marsh, éste, todavía en el aire, lanzó su mano derecha, abierta, ligeramente doblada, hacia la cabeza de Wu Tsei, que adivinó el truco una milésima de segundo antes de recibir el golpe. Golpe que resonó como un crujido de madera rota cuando el endurecido canto de la mano del taekwondoka impactó en plena boca del chino, machacando el labio superior, convirtiéndolo en pulpa, y partiendo los cuatro dientes centrales superiores de Wu Tsei, que saltaron con chorros de sangre a su alrededor...

—Dios mío —gimió en español Sagrario Vargas—: ¡Dios mío!

Pesadamente, como un viejo tigre ya cansado, Marsh cayó al suelo un metro más allá, de pie, girando ya para encararse a Wu Tsei, que retrocedía, tambaleándose, debido al golpe recibido en la boca.

— ¡TáááAAAaaAAAAA...! —gritó de nuevo Marsh, adelantándose. ahora, a ras de suelo, como si se deslizase con patines sobre éste.

Su puño izquierdo partió, como un émbolo, hacia el pecho de Wu Tsei, que tuvo presencia de ánimo y reflejos para desviarlo, lanzando al mismo tiempo un golpe con el otro puño... Puño que fue desviado por Marsh, que volvió a golpear a su vez para de nuevo ser desviado su ataque, al tiempo que él desviaba el siguiente de Wu Tsei... El público rugía de entusiasmo, y el clamor, hizo vibrar las paredes cuando el golpe de Wu Tsei acertó a Marsh en el estómago, lo dobló, y lo derribó hacia delante. El remate era un puñetazo en la sien, pero Marsh debió adivinarlo, porque giró, y en lugar de seguir cayendo hacia delante, cayó de lado, con lo que el puño pasó silbando junto a su rostro.

Y desde el suelo, alzó su pierna derecha, incrustando salvajemente el pie entre las ingles de Wu Tsei, que quedó demudado, abierta la boca, desorbitados los ojos...

Marsh se puso en pie, y cuando, entre rugidos, todos creían que iban a partirle la cabeza a Wu Tsei de un golpe, aprovechando que lo tenía inerme, el británico comenzó a correr hacia el banco donde estaban Sagrario Vargas y los dos asesinos profesionales.

No les dio tiempo a nada, prácticamente. Saltó la pequeña tapia de separación, y, todavía en el aire, disparó la pierna derecha hacia la cara de Sanders. Le acertó en el centro, y la cabeza del asesino rebotó con sordo crujido contra la pared que tenía detrás.

Recuperándose ya de su estupefacción, Handock se puso en pie, llevando la mano derecha en busca de la pistola... Junto a él, Marsh giró, alzando la pierna derecha... El pie, impecablemente dirigido en el Dollio Chagi golpeó en el lado izquierdo de la mandíbula inferior de Handock, que crujió y quedó desplazada en el acto, a ojos vistas, de un modo horripilante, mientras el asesino caía de lado, muerto fulminantemente.

— ¡Vamos! —gritó, jadeando, Marsh, agarrando a Sagrario de una mano, y sacando con la otra la radio del bolsillo del pantalón—. ¡Ahora, Darling!

El desconcierto era tal, que cuando sonó el primer disparo con silenciador nadie había comprendido aun lo que estaba pasando. Nadie, excepto Wu Tsei, que, dando trompicones, echó a correr detrás de Marsh y Sagrario, que habían desaparecido por el fondo de la sala.

— ¡Corre! —gritaba Cliff, entrecortado el aliento—, ¡No preguntes nada, sólo corre! ¡Va a venir la policía de un momento a otro!

Sagrario no preguntó nada, por la sencilla razón de que no podía, pues estaba perdiendo el resuello rápidamente. Recorrieron un largo pasillo prácticamente a oscuras, y llegaron finalmente ante una puerta que estaba cerrada. Cómo muy lejanos, se oían gritos, disparos, alaridos:.. Cliff Marsh retrocedió un paso, echó el puño derecho hacia atrás, apuntó a la puerta...

— ¡Marsh! ¡No se vaya todavía! —oyó tras él.

La oscuridad fue total de pronto. Pero en seguida, se encendió una luz encima justo de Marsh y Sagrario, y otra en el principio del pasillo, donde estaba Wu Tsei, jadeando fuertemente. Detrás de él, se veía cerrada una puerta de gruesa madera, reforzada con flejes de hierro en los que destacaban los gruesos remaches. El silencio era total ahora, no se oía nada... Nada, excepto los jadeos de aquellas tres personas encerradas en el estrecho corredor de deslucidas paredes y tristes luces insuficientes

—La pelea... no ha terminado todavía —jadeó Wu Tsei—: No puede marcharse, Marsh.

Cliff se pasó la lengua por los labios, se desentendió del chino, que estaba a unos veinte metros de él, y dedicó de nuevo su atención a la puerta...

— ¡Marsh! ¿Quiere la llave?

El británico se volvió, y vio la llave en una mano del chino, que sonreía torcidamente.

—Vamos, venga a buscarla... Es más fácil que abrir esa puerta a golpes. Está forrada de flejes de hierro, como ésta. Da a un canal que lleva al

Támesis... ¡Venga a por la llave, Marsh!

—No quiero perder tiempo con usted, Tsei —gruñó Marsh, recobrando el ritmo respiratorio—: Por si no lo sabe, esto es una trampa para usted y para el otro grupo que quiere la libreta de Hoi Yue: mientras los dos grupos se están matando, la policía, que estaba por aquí cerca, esperando oír jaleo en alguna parte, de acuerdo al aviso de un comunicante telefónico anónimo, está a punto de intervenir..., para recoger lo que quede.

— ¿De modo que nos ha enfrentado..., y ahora quiere marcharse, tan tranquilo?

—Así es. Atenderé a la policía en su momento, pero ahora tengo que sacar de aquí a miss Vargas... No se acerque o le partiré la cabeza, se lo advierto.

— ¿No quiere la llave? ¡Vamos, señor Marsh...! Con la llave sólo tiene que mover dos dedos, y esa puerta se abrirá... ¡Venga a buscarla!

Mientras hablaba, Wu Tsei se iba acercando, mostrando la llave en alto, pero Marsh no miraba la llave, sino la otra mano del chino, temiendo ver aparecer en ella un arma. En la puerta que Wu Tsei había cerrado comenzaron a sonar fuertes golpes, que resonaban en el corredor.

— Ya no tiene tiempo, señor Marsh, si no es con la llave —rio Wu Tsei—: ¡Vamos, venga a buscarla! ¿O prefiere que se la entregue de buen grado y lleguemos a un acuerdo?

— ¿Qué acuerdo? —preguntó Marsh, más que nada para ganar tiempo, para tomar una decisión

— ¿Quiere ser un hombre poderoso? Los dos podemos conseguirlo, señor Marsh... Deme la libreta con la fórmula, y los seremos. Sin riesgo ninguno, solamente chantajeando a los grandes traficantes de drogas que han formado la organización Eurasia. ¿Sabe lo que estoy diciendo?

—No.

—Eurasia es una enorme organización que ha agrupado a otras más pequeñas de Asia y Europa que estaban siempre recibiendo disgustos por parte de las autoridades. Al agruparse, se han fortalecido de tal modo, que no hay forma de controlar sus negocios, de un volumen que no podría usted ni imaginar. Se han convertido en los amos del mundo de las drogas en los dos continentes... Y de pronto, un viejo investigador chino descubre una fórmula antidroga, un producto que, inyectado en los que han caído bajo el vicio de la droga, les hace sentir tal repugnancia por ésta, sea cual sea la variedad, que jamás vuelven a poder ni tan siquiera olería. Por eso, mataron a Hoi Yue, porque querían esa fórmula para destruirla. ¿Lo comprende?

—Sí... Esa puerta va a caer de un momento a otro...

—La llave, señor Marsh —tendió de nuevo Wu Tsei—: La llave a cambio de la libreta. Podemos marcharnos los dos..., o quedarnos aquí los dos.

—Está bien —aceptó Cliff—; marchémonos los dos, pero cuando antes, ahora mismo. ¡Vamos, abra la puerta de una maldita vez!

Wu Tsei se acercó, dando trompicones. Había recibido una buena paliza, pero Marsh no estaba en muchas mejores condiciones.

—Ha sido inteligente... Jamás habría podido abrir esa puerta, y le habrían cazado. Pero ahora, los dos podremos chantajear a la Eurasia con esa fórmula. O nos pagan diez millones de dólares anuales, o la entregamos a la Interpol... y todo el negocio de la Eurasia se vendría abajo en pocos meses. Por eso, nosotros... ¡KOOOOOO...!

La trampa había sido temida en todo momento por Cliff, así que no le pilló desprevenido del todo. Cuando Wu Tsei, lanzando su Kiai, se abalanzó contra él, blandiendo la llave hacia la garganta del británico, éste estaba temiendo cualquier cosa. Y aquélla era una de ellas. Desvió el ataque, y, cuando Wu Tsei pasaba entre él y Sagrario, rozando el cuerpo de ésta, que comenzó a gritar, el taekwondoka ayudó al chino en su marcha, propinándole un puñetazo en la nuca que lo tiró de cara contra la puerta que daba al canal.

Fue suficiente.

Sagrario Vargas se quedó mirando, sin respiración, aquel gigante caído a sus pies, con el cuello roto. Pero Cliff se apresuró a recoger la llave, y a colocarla en la cerradura. Estuvo a punto de gritar de alegría cuando la llave, en efecto, cumplió su servicio. Había temido que Wu Tsei hubiese querido engañarlo, pero no; evidentemente, aquella llave la guardaba siempre él, para tener asegurada la salida discreta de su gimnasio de ratas, o quizá, simplemente, de personas desorientadas que antes de aprender Kempo, o cualquier otra lucha, no se aseguran de que se ponen en manos de un auténtico maestro, no de un delincuente...

Salicieron a la oscuridad. Había una pequeña plataforma, y unos peldaños de piedra que descendían hacia el canal. Cliff se preocupó de cerrar la puerta con la llave, y la tiró al agua. No quería correr el menor riesgo. Quizá fuese la policía la que llegase a aquella puerta en primer lugar, pero si no era así, todavía podían tener dificultades él y Sagrario. Con la puerta cerrada, si eran las ratas las que llegaban primero allí, conocedores del camino para escapar de la policía, quedarían encerrados en el pasillo, que significaría para ellos la trampa final.

Junto al último peldaño, estaba el feo lanchón de pesca, pero, por fortuna para el derrengado taekwondoka, no había nadie allí. Ayudó a Sagrario a pasar al lanchón, y segundos después ponía en marcha el motor.

Pat-pat-pat-pat-pat, comenzó a alejarse de allí la sucia embarcación.

Solamente tenía que buscar un lugar donde desembarcar, no muy lejos, para no alejarse demasiado de donde había dejado el coche, y regresar a casa...

CAPITULO IX

Detuvo el coche en el estacionamiento subterráneo, suspiró, y miró a Sagrario Vargas, que se había tranquilizado y permanecía silenciosa, absorta.

—Pin de trayecto —susurró el budoka—: Buenas noches, miss Vargas.

Ella le miró, y tragó saliva.

—Usted..., usted está... hecho una pena, señor Marsh.

—Sí, pero me repondré.

En un instante, como formando un bloque compacto, Sagrario recordó la explicación que Cliff le había dado sobre aquel asunto mientras se dirigían hacia allí.

—Creo que... que debería usted llamar a un médico...

—Es una buena idea. Pero tendré que ir yo en busca del médico, porque no tengo la llave de mi apartamento y no podré entrar.

—¡Oh, bueno.,.! Yo le... Con mucho gusto yo..., yo le ofrezco el mío, señor Marsh. No está en condiciones de ir por ahí, en este estado.

—No lo estoy —admitió Cliff—. Para ser sincero, tan sólo mover un brazo me cuesta un millón de dolores. Hasta dudo tener fuerzas para salir del coche,

—Yo... yo le ayudaré...

—Gracias.

Sagrario ayudó al budoka a salir del coche, y luego a caminar hacia el ascensor. Subieron al piso donde tenían sus respectivos apartamentos, y Cliff sonrió torcidamente cuando vio que la puerta del de Sagrario continuaba abierta. La explicación era fácil: a aquel piso sólo subían ellos dos, y por lo tanto, nadie había reparado en que la puerta del apartamento de la muchacha no estaba cerrada, sino solamente entornada.

—Lo mejor que puede hacer —dijo Sagrario—, es meterse en la cama. Dígame el número de teléfono de su médico, y yo le llamaré.

Cliff asintió, y empujó la puerta. Entraron, Sagrario encendió la luz, y señaló hacia el dormitorio. Entraron en éste, apoyándose Cliff en los hombros de Sagrario. Se sentía tan cansado que sabía que no podría ni mover siquiera una pestaña. Seguro: ni una pestaña...

— ¡Hola, tigre!

Respingaron los dos, y se quedaron mirando a Leona, que, tras aparecer de pronto ante ellos al encender Sagrario la luz, saludó y mostró el cuchillo que tenía en una mano. En sus bonitos labios había una sonrisa que escalofrío a Cliffton Marsh.

—He dicho: ¡hola, tigre!

—Grrrr... —contestó débilmente el taekwondoka.

— ¡Siempre con tu excelente humor! —rio la asesina—. ¿Sabes que eres un hombre… excepcional?

Cliff se pasó la lengua por los labios; al parecer, si tenía todavía fuerzas para algo tan sencillo. Leona ladeó suavemente la cabeza, y miró torvamente a Sagrario.

—Pero yo tampoco soy tonta —susurró—: Me quedé en el coche de William mientras ellos, de acuerdo a tus instrucciones, se introducían en aquel gimnasio mientras tú entretenías a los hombres que había dentro con ese desafío que dijiste que tenía que ser aceptado. Y poco después de que todos hubieron entrado, cuando comenzaron a sonar los disparos,.., ¿qué dirías que ocurrió?

Tampoco contestó Cliff. Estaba sopesando sus probabilidades de moverse con la suficiente rapidez para que Leona no pudiese clavarle el cuchillo, no ya a él, sino a Sagrario Vargas.

—Pues ocurrió que comenzaron a sonar silbatos de la policía, así que, inmediatamente, me marché de allí. Y comencé a pensar que un hombre tan... excepcional como tú, tenía que haberlo previsto todo. Pero aún pensé más: Cuando estuve a visitarte en tu apartamento, tú no estabas, pero, apareciste en seguida. Yo no había oído el ascensor, ni nada; simplemente, apareciste en él. Así que me he preguntado: ¿de dónde venía el tigre? La respuesta era sencilla: del apartamento vecino al suyo. Así que, dispuesta a darte la sorpresa, he venido aquí. Quería esperarte en tu apartamento o en éste. Y ya ves: la puerta de éste estaba abierta..., y aquí estás tú. ¿Quién es esta preciosidad?

—Ella no tiene nada que ver con todo esto, Leona —murmuró Cliff.

— ¿Estás..., pidiéndome algo?

—Sí. No te metas con ella.

Leona sonrió, y de nuevo demostró que era, en verdad, inteligente.

—Tengo la impresión de que ella ha sido el origen de tu jugada con William, y esa visita al gimnasio. Es decir, que has corrido grandes riesgos

por esta jovencita. Riesgo al acudir a pactar con William, riesgo al ir a desafiar a no sé quién al gimnasio, riesgo al meterte en aquel cepo... Y no se corren riesgos así como así por alguien que no interesa mucho, ¿verdad, tigre?

—Leona, si tocas un solo cabello a miss Vargas, te partiré el cuello.

— ¿Podrías hacerlo? ¿De verdad? ¡Vamos a verlo!

La fiera rubia lanzó una cuchillada hacia Sagrario, horizontal, experta. Normalmente, le habría abierto el vientre, a la española, pero si ésta no entendía de aquellas cosas, Cliff sí entendía. La empujó contra la pared, ocupando su lugar, y parando la puntada con un brazo, bajándolo con fuerzas, mientras gritaba:

— ¡Sal de aquí, Vargas! ¡Corre!

Lo que hizo Sagrario tras rebotar, fue caer de rodillas, gritando.

— ¡Corre! —volvió a aullar Cliff, mientras Leona retiraba el cuchillo para lanzar una nueva puntada.

El acero salió hacia el vientre de Cliff, ahora, que volvió a pararlo, movió acto seguido el puño derecho hacia delante, y derribó de espaldas a Leona con el golpe en plena nariz, que volvió a reventar en un surtidor de sangre. Mientras la fiera rugía su dolor y su furia, Cliff se inclinó asió a Sagrario de un brazo, y la puso en pie de un tirón. Salieron rápidamente del dormitorio, tambaleándose..., y detrás de ellos, Leona, esgrimiendo el cuchillo, aullando como enloquecida...

— ¡Quietos todos! —sonó la nueva voz en el saloncito—. ¡Qué no se mueva nadie!

Nadie hizo caso. Cliff y Sagrario continuaron corriendo, alejándose de Leona, que estaba cada vez más cerca. Leona vio al hombre, escupió una maldición, y se lanzó contra él, cuchillo en alto.

— ¡No se mueva! —gritó el hombre, lívido—. ¡Quieta ahí, y deje caer...!

El choque fue brutal, y el hombre lanzó un grito de dolor y cayó de espaldas cuando el cuchillo se clavó en su pecho, cerca del hombro izquierdo. Caído de espaldas, aterrado, el hombre miraba con expresión desorbitada a aquella fiera humana que se inclinaba sobre él, alzando de nuevo el cuchillo. El hombre giró, y la punta del cuchillo arrancó chispas del suelo al chocar contra éste fuertemente. Con un nuevo grito de rabia, Leona siguió al hombre..., que mientras giraba, introdujo la mano derecha en la cintura, y la sacó con el pequeño revólver.

¡Crack!, crujió el disparo, cuando Leona se disponía a lanzar un nuevo puntazo.

La rubia quedó inmóvil, sus ojos se desorbitaron, el cuchillo escapó de sus dedos, y ella cayó, finalmente, sobre el hombre, que lanzó un respingo, se la quitó de encima, y se puso en pie. Estaba lívido como un muerto.

— ¡Dios...! —jadeó.

—Acaba usted... de matar a una... asesina profesional —jadeó también Cliff.

El hombre se estremeció, desvió la mirada de Leona, la clavó en Cliff.

— ¿Quiénes son ustedes? —murmuró.

—La señorita es Sagrario Vargas. Yo soy Cliffton Marsh.

— ¿Cliffton Marsh? Precisamente, estaba esperando en su apartamento que usted apareciese, señor Marsh... ¡Queda detenido en nombre de la ley!

—Muchísimas gracias —suspiró Cliff Marsh.

Y cayó desvanecido.

* * *

"—...pero ahora ya estoy bien, querido Maestro, y todo se ha aclarado. He sido, incluso felicitado por la policía. En cuanto a la libreta de Hoi Yue, llegó a mi poder de un modo en verdad curioso: dos días después, cuando ya estaba en mi apartamento reponiéndome, me visitó un matrimonio italiano, que están de vacaciones en Inglaterra. Me traían la pequeña maleta de Hoi Yue, que finalmente, después de ser cargada con el equipaje del grupo de turistas italianos en un autocar, resultó que no era de nadie, así que, comprendiendo que alguien la había perdido, la abrieron, y como dentro no había indicación alguna sobre su propietario, removieron el contenido... Encontraron la libreta en el doble fondo de la maleta. Es decir, encontraron un sobre con mi nombre, dirección, número de teléfono. Y como creyeron que era mía, me telefonearon al regreso de una excursión por la campiña inglesa con el autocar y naturalmente, les dije que sí, que era mía. Como ya había aclarado las cosas con la policía después que el detective Paddington me detuviese en nombre de la ley les informé de que tenían a su disposición una fórmula antidroga, y ya obra en poder de las autoridades reconocida.

"Sepa, querido Maestro, que además destruí un auténtico nido de ratas que decían aprender Kemvo pero que, bajo la dirección de Wu Tsei, se dedicaban a aprender sucios trucos de gente canalla que, ciertamente desprestigiaban al

Kempo, o a cualquier otra Arte Marcial reconocida.

"En cuanto a Leona, murió. Darling, fue detenido con vida por la policía en el gimnasio, y delató a tres cómplices de Londres, que a su vez, al parecer, están delatando toda la organización llamada Eurasia. Incluso es posible que ahí, a su retiro de paz, lleguen ecos de la gran redada de comerciantes de drogas que están haciendo en estos momentos las autoridades de diversos países asiáticos.

"Le deseo, querido Maestro, largos años de vida en paz, y le envío el cariñoso respeto que siempre ha merecido

"Tae Kwon Do Marsh."

El Maestro terminó la lectura de la carta en voz alta, y miró a su hijo Sumió, que, como días atrás, había acudido a recoger a los hijos y nietos del hombre que había creado la organización más sencilla y efectiva jamás imaginada: Kuro Arashi, es decir, Negra Tempestad... Tempestad que, en forma de budokas, siempre caía sobre aquellos que atentaban contra los más elementales principios de la convivencia humana, en todo.

—Pero, no dice nada sobre la muchacha española.

Sensei sonrió, y su viejo rostro arrugado y quemado por el sol se llenó de diminutas arrugas. Su negra mirada vagó por el cielo, por el lejano y nevado Fujiyama, por los verdes pinos, por el jardín, donde el grupo de muchachos japoneses, al mando del flamante Sho Dan, el Primer Dan de doce años, entrenaban sus movimientos de Judo... Por fin, el Maestro miró a su hijo, y la sonrisa pareció ampliarse, como una flor que se abre.

—Tu trabajo de gran empresario en Tokio te tiene demasiado... insensibilizado, Sumió, hijo mío. Tae Kwon Do Marsh, no necesita decirme lo que ha ocurrido entre él y la señorita Vargas.

— ¿Crees que...? —sonrió Sumió Inomura.

—Los budokas, como tú bien sabes, nos esforzamos en ser buenos, nobles, generosos..., pero no hacemos ningún esfuerzo por ser inhumanos... o tontos. Eso sería absurdo.

ESTE ES EL FINAL

— ¡Esto es absurdo! —vociferó Cliffton Marsh—. ¡Te aseguro que ya estoy perfectamente, así que voy a levantarme ahora mismo!

— ¿Acaso no estás bien en la cama? —frunció el ceño, Sagrario Vargas.

—Hombre..., digo, mujer... Pues sí, pero ya estoy hasta las narices de cama. Soy fuerte como un elefante, tengo hambre, me aburro aquí..., ¡y tantísimo trabajo como tengo retrasado! ¿Qué es eso?

—Una botella de champaña —sonrió Sagrario.

— ¡Ah! Sí, claro... Vaya, has tenido una idea excelente: vamos a celebrar mi cumpledías.

— ¿Tu qué? —río la bellísima española.

—Mi cumpledías. ¿Acaso cada día de vida no merece ser celebrado? ¿Por qué sólo cada año? ¿Acaso un día vale menos que un año? Cada día al que abrimos los ojos, es un regalo, es una maravilla... ¡Así que vamos a celebrar nuestro cumpledías!

—De acuerdo. Pero debo admitir que mi intención era celebrar el Año Nuevo, Cliff. He preparado una cena que espero que te resulte apetitosa.

Cliffton Marsh se quedó mirando atentamente a Sagrario Vargas, que, por supuesto, estaba guapísima, a pesar de que se hallaba en bata. Sí, señor, era preciosa, preciosísima. ¡Qué ojos, qué cuello, qué manos, qué labios, qué... qué...! Y además, pasmo de pasmos: cocinaba estupendamente, lo cual era nuevo para el budoka. ¡Una mujer que sabía cocinar! Y eso, pese a ser licenciada en Filosoletras y Sofía... No, no, en Filosofía y Letras, eso era. Ella estaba sentada junto a él, con la botella de champaña en un cubo con hielo, mirándole de tal modo que Clifíton Marsh tenía la sensación de deslumbramiento total...

— ¡Qué guapa eres, condenada! —exclamó, de pronto.

—Gracias —río Sagrario—. Bueno, voy a destapar esta botella, cenaremos, y me despediré...

— ¿Cómo que te despedirás? —palideció Cliff.

—Pues... como ya estás bien, mis amigos españoles que hace tiempo residen en Londres me invitaron a pasar la Nochevieja con ellos, y si bien no acepté la cena, comprenderás que debo ir aunque sólo sea a tomar unas copas...

— ¿Y me vas a dejar solo?

—Pues así parece.

—Pe...pero..., ¿y si viene algún ladrón?

— ¡Lo sentiría por el ladrón! —rio Sagrario.

—Sí, claro... ¡Como ya estoy bien, pues... pobre ladrón! Sí, es verdad. Esto... ¿Y si me encuentro mal?

—Acabas de decir que estás fuerte como un elefante.

—También es cierto... Desde luego, tengo una bocota... Y otra cosa: empiezo a sentir un dolorcito... Sí, por aquí, por esta zona, ¿ves? Es como una serie de pellizcos que desde el vientre suben hacia el pecho, al cuello... ¡Es como una serie de mordiscos!

— ¡Eso es hambre, simplemente! —rio de nuevo Sagrario.

— ¡Ah, sí! Vaya... Oye, tengo una idea, morena: ¿por qué en vez de vulgar champaña, no nos bebemos aquella botella de sol de España aprisionado?

— ¿Toda la botella? ¡Nos emborracharíamos!

—Mejor —farfulló Cliff—: así no podrías dejarme solo para ir con tus amigotes. A ésos sí que les daría de buena gana una paliza, atacándoles con los pies por delante, golpe tras golpe...

—Pobrecitos... ¿Qué te han hecho de malo?

— ¡Voy a llorar si me quedo solo!

—Entonces —musitó Sagrario—, será mejor que traiga la botella de sol de Andalucía embotellado.

— ¡Eso quería decir yo...! ¿Y luego?

—La verdad es que no estaría tranquila sabiendo que un hombre como tú se quedaba llorando.

—Entonces, quédate. Llamas por teléfono a tus amigos, les dices que estás loca por mí, y que te quedas a pasar la noche conmigo... Es una mentira convincente, en líneas generales.

Sagrario Vargas estuvo unos segundos reflexionando. Luego salió del dormitorio, para regresar al poco, con la botella de vino andaluz, que puso en el cubo tras retirar la de champaña. Acto seguido, se quitó la bata, y miró a

Cliff, que la contemplaba fijamente.

— ¿Qué haces? —susurró el budoka.

—No me gusta mentir..., así que me quedo de verdad. Salvo que tengas algo que oponer.

Cliffton Marsh tiró de una mano de Sagrario, obligándola a inclinarse, hasta que sus labios se tocaron.

Entonces, susurró:

—No sabía cómo pedírtelo... ¡Las españolas sois tan raras!

—Eso, mi amor —susurró también Sagrario—, es otra Leyenda Negra. Ni somos raras, ni tontas... Feliz cumpledías, mi amor.

—Feliz cumplesiglos —dijo Cliff, antes de atacar... con la boca por delante.

FIN

Impreso en España